

# REVOLUCIÓN

¡PARA ABOLIR EL VIEJO MUNDO DEL TRABAJO Y LA MERCANCÍA!

*Proletarios internacionalistas – Marzo 2025*

## 3

Precisiones sobre el derrotismo revolucionario

Oriente Medio. La lógica de los Estados y el proletariado

Palestina. Una historia de miseria, masacres y sublevaciones

El colonialismo y sus criticos



# SUMARIO

Presentación .....	1
Precisiones sobre el derrotismo revolucionario .....	3
Oriente Medio. La lógica de los Estados y el proletariado .....	13
Palestina. Una historia de miseria, masacres y sublevaciones .....	26
El colonialismo y sus críticos .....	38

## Proletarios Internacionalistas

Proletarios internacionalistas es una pequeña expresión internacional que trata de centralizar la actividad de militantes y grupos de diversas partes del mundo. Si algo caracteriza y delimita a nuestro proceso organizativo es por un lado nuestra contraposición radical a la democracia, al parlamentarismo, al sindicalismo, al nacionalismo, al oportunismo y a todo tipo de fuerzas que neutralizan y liquidan la potencia subversiva del proletariado; por otro, intentar asumir la totalidad de tareas que consideramos imprescindibles en la lucha por la destrucción del capitalismo, las clases sociales y el Estado.

Esta revista es un producto de la lucha y para la lucha. Por lo tanto, alentamos la reproducción, difusión, impresión, copia, discusión, traducción, etc. de su contenido. Su fortificación como herramienta de la lucha proletaria va ligada a las contribuciones críticas, aportes, envío de materiales e informaciones que los diversos lectores y compañeros de lucha nos hagan llegar.

# PRESENTACIÓN

El desarrollo de la guerra imperialista sigue desarrollándose y generalizándose avistando nuevas escaladas a nivel mundial. A la persistencia de las decenas de guerras, con Ucrania como centro de atención internacional, se ha sumado durante el último año una nueva masacre en Palestina, la más brutal desde que el Estado de Israel asume la función de gendarme en esa zona del planeta. A su vez, los discursos altisonantes de dirigentes burgueses y las tensiones diplomáticas que se acumulan entre gobiernos no son una mera sobreactuación para nutrir el espectáculo de la esfera política, sino que manifiestan un clima de beligerancia real, determinado por las necesidades actuales de acumulación capitalista que exigen de forma cada vez más acuciante, una destrucción masiva de fuerzas productivas para seguir reproduciendo las relaciones sociales existentes.

Las causas de las guerras se encuentran en el mismo capital, en su propia composición orgánica contradictoria, constituida por átomos de valor que sobreviven a costa de competir y valorizarse constantemente en un ciclo infinito, el cual incorpora una limitación en su propia capacidad de valorización como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas. La apropiación de la riqueza social a través de la guerra, la destrucción violenta de las fuerzas productivas de sus competidores, etc., se le presenta a la burguesía como una forma ineludible de atacar los límites de valorización del capital que personifica. Esa es la forma fenoménica bajo la cual se materializa la necesidad del capital global de reproducir nuevos ciclos de valorización.

Quien dice destrucción de fuerzas productivas no sólo dice destrucción de cosas, sino también de seres humanos, en concreto de proletarios. La proletarización del mundo corre pareja a una mayor composición orgánica del capital creando serias perturbaciones, pues no sólo se amontonan masas de seres humanos cada vez más amplias que dejan de ser útiles para la acumulación capitalista como consecuencia del desarrollo tecnológico, sino que son una fuente de desvalorización y una amenaza de subversión. Los niveles actuales de exterminio de seres humanos por innumerables guerras localizadas, revelan esa necesidad destructiva del capital.

Para colmo, esa realidad catastrófica no es suficiente para saciar la voracidad de la tasa de ganancia, pues

sólo otorga pequeñas reactivaciones económicas al interior de un ciclo de valorización agotado. La dictadura de la tasa de ganancia exige más, pide un salto cualitativo en esa dirección para reiniciar un nuevo ciclo de acumulación “saneado”. Si la situación es catastrófica a todos los niveles, la perspectiva lo es aún más. La contraposición entre las necesidades de la economía y las necesidades humanas adquiere un nuevo peldaño cada día. Los esfuerzos de guerra se suceden por todas partes, lo que precisa enrolar a los proletarios en los diferentes frentes de la guerra imperialista. La escalada bélica ocupa directamente el nivel de la vida cotidiana.

Sin embargo, esta realidad desoladora tiene otra cara. El aumento e intensificación de la guerra y de la explotación del proletariado no acontece sin convulsiones. El enrolamiento masivo de proletarios como carne de cañón, el sacrificio por la economía nacional, aunque refleja el sometimiento del proletariado a las necesidades reproductivas del capital, exagera al mismo tiempo las contradicciones sociales. El matadero imperialista, los esfuerzos de guerra con los planes anticrisis y los paquetes de austeridad hacen cada vez más insostenible la existencia del proletariado y lo espolean a luchar para defender sus necesidades materiales de vida. La carnicería imperialista genera diferentes momentos y materializaciones de rechazo que erigen una práctica social que los comunistas denominamos derrotismo revolucionario. Esa práctica, esa respuesta elemental, primaria, de los que son condenados a reventar como carne de cañón por los intereses de sus amos, contiene en su interior la única perspectiva para el género humano. En su despliegue no sólo se contrapone a la guerra, sino también a la paz de los cementerios de esta sociedad, lo que supone la negación del capital. La perspectiva en última instancia siempre ha sido guerra o revolución. La transformación social no es un sueño utópico, es una realidad social sustentada en la lucha del proletariado contra su condición de paria.

Ante ese peligro para el orden dominante, constatado históricamente en innumerables insurrecciones y levantamientos, algunos de los cuales hicieron tambalearse la relación social capitalista, la burguesía se desdobra. Los mismos que nos hacen la guerra nos hablan de paz, los mismos que nos explotan nos llaman a mejorar nuestras condiciones de vida, los

mismos que aplican medidas de austeridad exigen su retirada. Se presentan con otro ropaje y bajo un discurso de oposición que encubre precisamente que su práctica social parte de las necesidades de reproducción del capital, son alternativas al interior de la gestión de la explotación.

El mantenimiento del orden social y la organización misma de la clase burguesa están determinados por la capacidad de dividir y dominar al proletariado para su explotación y llevarlo, si es necesario, al matadero, lo que implica ese desdoblamiento de la burguesía. Izquierda y derecha, proteccionistas y liberales, fascistas y antifascistas, imperialistas y “antiimperialistas”, etc. Si es necesario, la burguesía recubre su política criminal bajo la bandera de la revolución. Pero ninguna fracción burguesa ni ninguna política económica puede evitar el desarrollo de la explotación, el antagonismo entre clases e inevitablemente la confrontación.

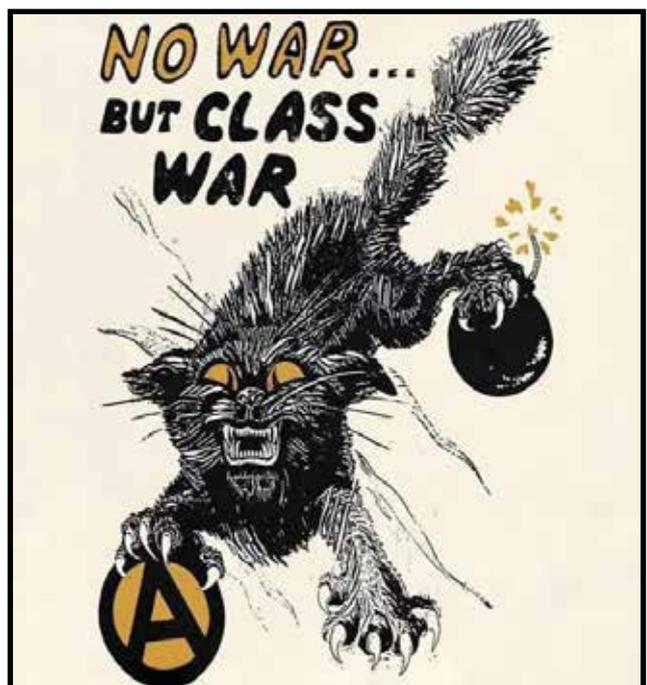
Guerra o revolución, esa es la perspectiva que cada clase social contiene como consecuencia de sus propias condiciones de reproducción en esta sociedad. Pero no se trata de perspectivas separadas en el tiempo o en el espacio, sino de polos contrapuestos de una misma realidad. Esas perspectivas existen, se desarrollan y se enfrentan. Es interés de los revolucionarios poner ese antagonismo en evidencia. Como lo es organizar, estructurar e impulsar la contraposición al orden social existente para alcanzar sus últimas consecuencias, es decir la resolución a través del comunismo, de la revolución social.

Por eso no es casualidad que la cuestión del derrotismo revolucionario vuelva a retumbar hoy entre minorías militantes del proletariado. Nada más natural que grupos y militantes revolucionarios de diversas latitudes sientan hoy de nuevo la necesidad de organizar, estructurar y centralizar la práctica derrotista. Grupos que a contracorriente asumen la difusión de informaciones de las luchas y resistencias a la guerra, ponen a la orden del día la organización de las deserciones y otras acciones contra la maquinaria bélica, constituyen redes de apoyo a desertores y refugiados, discuten los diversos aspectos programáticos inherente a esa práctica social, así como de las tácticas a llevar a cabo. Todos ellos son parte de una misma comunidad de lucha internacional e internacionalista que surge del seno del proletariado, de su lucha, que busca romper la dispersión localista que nos debilita.

A todos ellos, y, en general, a todos esos proletarios que resisten como pueden el avance de la trituradora de carne capitalista, dirigimos el actual número de *Revolución* y el siguiente. El presente número, además de abordar el contenido material y programático del derrotismo revolucionario, se centra en lo que viene sucediendo en Oriente Medio. No sólo en cuanto a los últimos años, sino desde la instauración del Estado israelí. Al respecto, lejos de clamar como víctimas indefensas ante la brutal masacre que sufrimos, y confrontados a la lógica de los Estados que se reproduce por todas partes, nos colocamos en el terreno del combate de clases, en la lucha del proletariado en Oriente Medio, especialmente en Palestina, verdadero vector de lo que sucede en la región.

La próxima revista la dedicaremos íntegramente a la guerra en Ucrania. Aunque nos hubiera gustado unificar todos estos materiales en una misma revista, la densidad de los mismos, así como el retraso que tenemos con los materiales sobre Ucrania por un cúmulo de motivos, nos han convencido de que era la mejor opción.

Nuestro objetivo con estos materiales es contribuir a las tareas derrotistas. Profundizar, fortalecer y estructurar esa práctica, esa perspectiva que nuestra clase trata de imponer contra todas las fracciones burguesas, luchando allí donde está contra “su propia” burguesía, transformando la guerra imperialista en guerra revolucionaria del proletariado mundial contra la burguesía mundial.



## PRECISIONES SOBRE EL DERROTISMO REVOLUCIONARIO

No puede extrañarnos, en absoluto, que el derrotismo revolucionario vuelva a estar a la orden del día en nuestra comunidad de lucha. Sólo hay que echar un vistazo a cómo vivimos hoy buena parte del proletariado: bajo las bombas. Y los “privilegiados” que no viven pendientes del sonido de los cazas o del crujir de las botas de los milicos, sufren en sus carnes el dolor de sus hermanos de clase y el *esfuerzo de guerra* desarrollado por todos los Estados.

Es totalmente natural que, ante el baño de sangre que inunda el viejo mundo, nuestra clase no sólo se resista a ser carne de cañón, sino que manifieste también su rechazo apuntando con sus armas a los agentes directos de la carnicería. Frente a las banderas hediondas de la patria, bajo cuyos pliegues son masacrados miles de proletarios, la amenaza de derrotismo revolucionario atormenta a los ejércitos de la burguesía.

Aclaremos ya, antes de nada, contra las concepciones caricaturales emanadas del medio podrido izquierdista o ultraizquierdista, que el derrotismo revolucionario no es un ideal a alcanzar, una bonita consigna lanzada por revolucionarios para que los proletarios dejen de matarse entre ellos y vuelvan sus fusiles contra “sus” propios oficiales, ni una concepción que algunos “revolucionarios”, aporadores de conciencia, importan desde el exterior a la clase proletaria. El derrotismo revolucionario es una práctica social, o mejor aún, **una determinación primaria que emana de las contradicciones sociales que genera la guerra imperialista** en nuestra clase. Si vuelve al centro de las preocupaciones de la comunidad de lucha contra el capital, desplazando otra serie de cuestiones, no es porque aparezca en la “agenda” de algunos militantes revolucionarios, sino porque la generalización de la guerra espolea a nuestra clase a contraponerse a la misma.

Existen, evidentemente, números obstáculos materiales para la organización y el desarrollo de la práctica derrotista, como puede comprobarse por el desarrollo impresionante de la guerra imperialista. Se trata de un conjunto de límites que obstaculizan el desencadenamiento de esa fuerza imponente, y que configuran el estado actual en el que se encuentra el proletariado como clase. En general, son los mismos límites y debilidades que afectan en todos los ámbitos de la lucha proletaria, desde la más elemental defensa material de sus

condiciones de vida hasta las revueltas de nuestra época. El principal límite lo constituye la correlación de fuerzas internacional, producto de la derrota histórica de nuestra clase, de la cual no ha conseguido zafarse todavía. Esa derrota contiene una serie de implicaciones (desgarramiento de su experiencia, debilitamiento de su asociacionismo, descomposición de su fuerza unitaria, ideologización de su programa revolucionario...) que sólo pueden ser enfrentadas en el desarrollo mismo de la lucha contra el capital, al empujar a los explotados a hacerse cargo de su propia derrota para vencer al enemigo. La revolución social es un proceso histórico en el que la derrota es parte de su proceso contradictorio de afirmación.

La estructuración como dirección revolucionaria de su propia experiencia de lucha, catalizada a través de sus minorías de vanguardia, ha marcado siempre el devenir de la guerra contra la burguesía en los momentos de crisis generalizada. Creer que puede surgir una perspectiva revolucionaria al margen de la lucha proletaria inmediata contra la explotación y su inherente dimensión histórica, o peor aún, considerar que la misma se circunscribe al interior de la reproducción capitalista, y por lo tanto no puede aspirar a ninguna ruptura con la relación social vigente, significa remar en favor del desarrollo de la guerra imperialista y el mantenimiento de la esclavitud asalariada.

Por consiguiente, el derrotismo revolucionario, como contraposición proletaria a la guerra, no puede escindir su acción actual de su práctica histórica. Zarandea a todos aquellos que se colocan en su perspectiva para que profundicen en el conocimiento de su propia praxis y sus límites, en la complejidad de los laberintos que propone el enemigo, precisando cada vez con mayor claridad el arduo camino que descompone a los ejércitos de la burguesía, poniendo entre la espada y la pared el orden social existente. Es en el seno de esa práctica derrotista, de las discusiones desarrolladas al interior de nuestra comunidad de lucha, fuera y contra del espectáculo escolástico y doctrinario, donde enmarcamos esta pequeña contribución.

Partiendo del ABC del derrotismo de nuestra clase, queremos precisar algunas cuestiones que se contraponen a las caricaturas y análisis reduccionistas que se levantan bajo su bandera. El objeto del texto es claro, contribuir a **delimitar el terreno derrotista**

**revolucionario** de los diversos simulacros y eventos teológicos, **especialmente de lo que denominamos “derrotismo simplista”**, y, al mismo tiempo, impulsar a todos los militantes revolucionarios a centralizar juntos las tareas que nos exige el momento actual.

.....

## 1

El derrotismo revolucionario no parte de un conjunto de ideas o consignas, sino que es el resultado de las condiciones materiales de existencia del proletariado bajo la guerra imperialista. Es una práctica inmediata, primaria, surgida de las necesidades e intereses materiales de los proletarios que alberga diversos niveles de materialización y desarrollo, y cuya base es, como siempre, la lucha contra la explotación, y, por tanto, la lucha contra “su propia” burguesía<sup>1</sup>. La derrota de “su propia” burguesía equivale a la derrota de “su” propio ejército, de “su” propio Estado.

Esta práctica no depende de lo que piense tal o cual proletario, pues es el conjunto de sus intereses materiales lo que le empuja a contraponerse a la guerra imperialista y a los distintos ejércitos de la burguesía. El derrotismo está determinado por los golpes que recibe nuestra clase en la guerra, por los muertos, los heridos, las violaciones, la represión, el hambre, la desmoralización, el desgaste, el sacrificio, las humillaciones, el esfuerzo de guerra ..., es decir, por la exacerbación de las contradicciones sociales. Sólo de ahí surge, límpidamente, como producto material inherente al proletariado, la necesidad y la posibilidad del derrotismo revolucionario.

Por lo tanto, no se trata de un “desembarco”, desde el mundo de los cielos, de un proletariado “puro” que, apareciendo como clase internacionalista autónoma y revolucionaria frente a las guerras, no dejará lugar a la religión, nacionalismo u otras ideologías de la burguesía. Esa posición caricatural ve la lucha de clases como un momento concreto, el del desarrollo voluntario y organizado de la actividad subversiva del proletariado, y no como una realidad permanente del modo de producción capitalista, de los antagonismos que genera esta sociedad. Se hace surgir al derrotismo revolucionario de la nada, sin

ver que es del desarrollo de la guerra imperialista de donde surge ¡y no del cielo o de un congreso! En contraposición a la visión teológica, **el derrotismo revolucionario es el producto del desarrollo de las contradicciones de la guerra** que empuja al proletariado a defender sus necesidades materiales, y, como todos los aspectos del programa revolucionario, parte de sus determinaciones como clase, del determinismo histórico y no de elementos que se introducirían desde el exterior.

## 2

**Las consignas** y directrices que expresan el derrotismo revolucionario son la formulación necesaria y material de los intereses objetivos del proletariado que sus minorías más decididas sintetizan en tales fórmulas. La lucha contra “su propia” burguesía, disparar contra “sus” oficiales, rechazar cualquier esfuerzo de guerra, sabotear la producción, etc., **no son directivas que partan de lo que debieran hacer los proletarios**, del mundo del deber ser, sino materializaciones de la contraposición práctica del proletariado. La articulación del movimiento proletario en torno a esas consignas y directrices manifiesta la tendencia a la centralización de su actividad y de su fuerza social.

## 3

La consigna de **luchar contra “su propia” burguesía** sintetiza la **práctica y directriz central** sobre la que se articula el derrotismo revolucionario. Lejos de ser algo excepcional, es la práctica cotidiana de los explotados. La lucha contra el capitalismo se desenvuelve en la lucha inmediata contra la explotación, y la misma asume necesariamente una lucha contra “su propia” burguesía, contra “su” propio explotador, contra los represores que tiene delante, contra “su” propio Estado. Claro que esto no tiene nada que ver con la nacionalidad de los burgueses o el gobierno que asume dicha función. En ningún momento el derrotismo revolucionario se reduce a la lucha contra la burguesía nacional. Se trata de insistir en la lucha contra **los burgueses inmediatos y las fuerzas inmediatas de represión**, pero como

4

1 Nuestra concepción de la explotación no tiene nada que ver con la concepción obrerista de la misma que consiste en reducirla a un nivel de abstracción muy concreto, el proceso inmediato de producción en la industria, haciendo de este el lugar de la explotación, ocultando que se trata de un momento dentro de un proceso global. En realidad, la explotación capitalista se presenta como la apropiación del trabajo social del proletariado por parte del capital y determina cada momento vivido por nuestra clase (incluyendo el desempleo, evidentemente). El combate contra la explotación comprende, por lo tanto, la lucha directa desde cada uno de esos momentos.

parte de la lucha mundial del proletariado contra la burguesía mundial.

Luchar contra la “propia” burguesía es la única manera de luchar contra la burguesía mundial. Es fundamental insistir que este es el único terreno de la lucha internacionalista. **La lucha del proletariado no puede descansar en ningún intermediario**, en ninguna mediación que no sea él mismo, y es precisamente por eso que la lucha contra el capital es siempre una lucha inmediata **contra la explotación directa** y la represión estatal que la defiende. La misma ataca las bases de la acumulación global de capital y del Estado mundial. Para decirlo de otra manera, la característica central de la lucha del proletariado es **la centralidad orgánica** de su acción directa contra el capital, por la cual, incluso si esa lucha tiene lugar en un solo barrio, en un solo distrito, en una sola ciudad, ésta contiene la totalidad y representa, independientemente de la conciencia de sus protagonistas, los intereses orgánicos del proletariado mundial.

Las consignas de “lucha revolucionaria contra la guerra burguesa” u otras como “contra la guerra, guerra de clases”, son **totalmente insuficientes y centristas** si no van acompañada de cómo se concreta, es decir, de la reivindicación de la lucha abierta contra la “propia” burguesía, por la derrota del “propio” Estado. Decir que se lucha contra toda burguesía, sea cual sea o llamar a la lucha revolucionaria contra la guerra sin tomar medidas concretas para la derrota de la “propia” burguesía, es caer en la propaganda y poner la bandeja de plata al chovinismo. Somos totalmente conscientes de que algunos compañeros y expresiones de nuestra comunidad de lucha tratan de expresar en esas consignas, la necesidad de que nuestra clase se delimite de encuadramientos que se desarrollan sobre el terreno, pero sin una clara defensa de la lucha proletaria inmediata se colabora en desarmar al proletariado.

## 4

La práctica derrotista tiene diversos momentos de desarrollo, así como formas diferentes de materializarse, dependiendo del desarrollo mismo de la guerra imperialista. Pero en todos los momentos el derrotismo revolucionario asume el mismo contenido, la misma dirección, sintetizada en esa consigna

central de luchar contra “su propia” burguesía, por mucho que evidentemente se implementen, como resultado de esa práctica concreta, otras consignas particulares subsumidas a ésta. Sin embargo, la **consideración simplista de que el derrotismo revolucionario** sólo acontece como práctica del proletariado uniformado contra “su” propio ejército, contra “sus” propios oficiales, en el contexto de una guerra de frentes interburguesa, oculta una distinción fundamental inducida por los momentos de desarrollo de la guerra imperialista, y se presenta como un arma arrojadiza contra las formas que asume la lucha contra la “propia” burguesía en esos otros momentos.

Así es, la guerra imperialista se expresa como una guerra interburguesa con dos campos bien definidos, con sus frentes y retaguardias, típica **guerra de frentes**, de trincheras, de posiciones<sup>2</sup>, pero también como una **guerra de ocupación**, caracterizada por la ocupación militar de una región por parte de un ejército proveniente de otro país. Pero eso no es todo. La guerra imperialista también se expresa como **guerra de gendarmería** o guerra policial, es decir, como la operación de un gendarme del capital de un país para reprimir la revuelta del proletariado en otro país. Evidentemente, este último momento alberga contenidos y determinaciones muy semejantes a la guerra de ocupación.

Dicho lo cual, y antes de abordar estos diferentes momentos, queremos subrayar que no se trata, ni mucho menos, de situaciones puras y mutuamente excluyentes, de elementos que se presentarían aislados, sino de **momentos sobre los que se articula la guerra imperialista**. No aparecen como una situación nueva, que debería ser tratada de forma separada, sino como el desarrollo propio de la guerra imperialista que pone a uno u otro de esos momentos como elemento determinante y que evoluciona dinámicamente entre ellos. Es la propia lucha de clases y las necesidades de afirmación imperialista la que provoca el movimiento de uno a otro.

Por consiguiente, la guerra de frentes se muda en guerra de ocupación y de gendarmería; la guerra de ocupación asume la forma de guerra de frentes y/o de gendarmería; la forma de gendarmería conlleva la guerra de ocupación y/o de frentes, etc. La realidad material se presenta tan dinámica, que a

2 Es cierto que, desde la generalización de la aviación militar, esa guerra de frentes adquiere nuevas logísticas militares, que relativiza la clásica guerra de frentes, pero con el objetivo de simplificar aquí usaremos dicha caracterización.

veces es extremadamente difícil expresar cómo se articula el todo (guerra imperialista) y sus momentos particulares. En consecuencia, el derrotismo revolucionario puede considerarse de distinta manera dependiendo del nivel de abstracción donde se ubique la cuestión de la guerra. Efectivamente, esos momentos particulares se entrelazan a veces de tal forma que, dependiendo de donde se ponga la lupa en los acontecimientos, puede caracterizarse de forma diferente. Pero es necesario comprender esos niveles de abstracción para no mezclarlos y acabar determinando la totalidad concreta, -y las tareas a asumir- en base a un momento de la misma<sup>3</sup>.

Frente al “derrotismo simplista”, la consigna central del derrotismo revolucionario de luchar contra “su propia” burguesía se expresa y se afirma en los distintos tipos de situaciones en las que el proletariado se encuentra directamente enfrentado al ejército burgués. Evidentemente también se generan consignas y directrices particulares, pero como decíamos, las mismas parten del mismo contenido, de la misma dirección y, por lo tanto, están subsumidas a esa consigna central.

## 5

6

El “derrotismo simplista” ni siquiera es capaz de expresar las necesidades materiales del proletariado en plena guerra de frentes, reduciendo todo a una “confraternización” que es una auténtica caricatura. Se reivindica la confraternización fuera de la dinámica global de la práctica derrotista, como premisa, en lugar de ser una consecuencia de aquella. Se trataría de un ideal que tendría que asumir un soldado, “proletario por encima de todo”, y una vez que lo hace, vuelve su fusil contra sus propios oficiales cuando se lo pidan (¿amablemente?) desde el otro bando.

En la realidad material las cosas suceden de una forma muy diferente. **El derrotismo revolucionario nunca tiene como verdadero punto de partida la confraternización**, como el pacifismo quiere hacernos creer. En su sentido revolucionario, y, por tanto,

antipacifista, la consigna de confraternización viene determinada por la propia dinámica del momento, por la actitud (posición práctica) que tomen los soldados, independientemente del campo burgués en el que se encuentren. No se afirma el derrotismo blandiendo banderas blancas. Por el contrario, los proletarios sobre los que se edifica el derrotismo en el frente -en la retaguardia se afirma como cuestionamiento al esfuerzo de guerra-, que comienzan su actividad desobedeciendo a la cadena de mando, lejos de ofrecer su pecho descubierto a las balas de sus “hermanos en uniforme” del “otro bando” que vienen a balearle, los derriban (y la muerte de “hermanos” no es la forma más apetecible, desde luego). Esta acción da más determinación a aquellos que empiezan a desprenderse de su uniforme, no sólo por el rechazo a su función, sino angustiados por el destino que les tiene reservado el derrotismo revolucionario. Los proletarios consecuentes disparan contra las fuerzas represivas directas de la burguesía que tienen enfrente y quieren destruirlos, sean del campo que sean, tengan la nacionalidad que sea, pues asumen la función de someterlos.

Lo decisivo en ese momento de afirmación del derrotismo revolucionario contra los frentes es la intransigencia de los proletarios en lucha (y por tanto en armas) contra “su propia” burguesía, es decir, intransigencia en su contraposición a los oficiales a sus espaldas, así como a todos los soldados que se opongan a la lucha, sea cual sea su bando. Esta intransigencia, que viene determinada por una serie de factores (correlación de fuerzas, reapropiación programática...), es la que marca el devenir del movimiento y los grados de autonomía que logra alcanzar el proletariado. A medida que esta se fortalece, y se expresa en todos los terrenos sociales, delimitándose de forma cada vez más clara de las distintas fracciones de la burguesía, el proletariado avanza en su proceso de constitución en clase, asumiendo niveles cada vez más importantes de derrotismo revolucionario, asumiendo abierta-

3 Expresamos esto con todas las dificultades y rigidez que tiene el lenguaje. Pongamos, para hacernos entender, el ejemplo actual de Palestina, teniendo en cuenta que la realidad siempre es más compleja. La guerra contra “su propia” burguesía asume un enfrentamiento contra el ejército de Israel en cuanto el proletariado se tiene que ver con un “ejército de ocupación”, que asume la función de “su propia” burguesía, de “su” represión directa, de “su” Estado. Pero, al mismo tiempo, en otros lugares o momentos, esa lucha contra “su propia” burguesía se articula contra Hamas o la ANP cuando esas fuerzas quieren utilizarlo como carne de cañón en la guerra interburguesa contra el Estado de Israel, o simplemente cuando asumen funciones para la gestión de su explotación. Negar la primera práctica derrotista en base a la existencia del segundo caso, o viceversa, afirmando en cada caso que se favorece a una fracción burguesa, supone precisamente abandonar el derrotismo revolucionario y apoyar, aunque sea implícitamente, a uno de los campos del enemigo.

mente la guerra revolucionaria. Ese es el proceso material del derrotismo revolucionario aplicado en la guerra de frentes interburguesa, la transformación de la guerra imperialista en guerra de clases. **La destrucción revolucionaria del ejército es obra del proletariado armado, su respuesta violenta.**

Esta destrucción del ejército burgués, tomando como referencia la rebelión de los soldados en el frente, que aquí hemos sintetizado, no puede ocurrir de la noche a la mañana sin que las minorías más resueltas de su clase organicen la centralización en el tiempo y el espacio de cientos de pequeñas acciones de terror revolucionario, de desertión, huida, insubordinación, rebelión, toma de rehenes, liquidación física de oficiales, consignas y directivas concretas sobre las que el movimiento se articula, etc., preparación a largo plazo durante el cual el proletariado va forjando la organización del derrotismo revolucionario.

Evidentemente, este proceso viene netamente marcado por la correlación de fuerzas internacionales entre clases. En una clara correlación favorable a la burguesía, el derrotismo revolucionario tiende a sucumbir en el aislamiento, sea fagocitado por una fracción burguesa, sea por la liquidación física a cargo del Estado mundial, o, generalmente, por ambos factores.

## 6

La guerra de ocupación, al igual que la guerra de gendarmería, implica el desplazamiento del ejército de un país para instalarse y desplegarse en otro. De hecho, la guerra de gendarmería podría ser considerada como una situación particular de una guerra de ocupación. Digamos que el criterio que las diferencia, con todas las precauciones que hay que tener en este tipo de afirmaciones, es que en la de gendarmería el motivo de intervención, más allá de las contradicciones y pujas que la burguesía de uno u otro lugar puedan tener, es directamente el control del proletariado y/o el aplastamiento de la lucha preexistente antes de la intervención, mientras que en la guerra de ocupación la cuestión inicial es un enfrentamiento interburgués.

Dicho lo cual, tanto en uno u otro momento de la guerra imperialista, lo determinante no es el enfren-

tamiento entre dos ejércitos en una línea de frente o en defensa de una frontera, sino el desarrollo de una operación militar que tiene como objetivo directo a los proletarios que viven allí. Este aspecto no es anecdótico, pues constituye un cambio cualitativo en los términos de operaciones militares, de guerra, desvaneciendo toda distinción entre “frente” y “retaguardia”, fijando como objetivo permanente todo el territorio ocupado, **atacando a los proletarios directamente en su vida cotidiana y en sus hogares**, cuestión que los determina a reaccionar.

En este escenario, donde el ejército de ocupación se afirma como enemigo directo que nuestra clase tiene enfrente, el encargado de imponer su sometimiento a la explotación capitalista, controlando sus movimientos, ejerciendo su represión, destruyendo sus hogares, sistematizando las violaciones, torturándolo, matándolo, etc., **el derrotismo revolucionario parte, en primer lugar, de la lucha contra ese ejército**, colocándose incuestionablemente en la lucha contra “su propia” burguesía.

Hay una vasta y rica experiencia histórica de nuestra clase en este sentido que ha sido sistemáticamente denigrada, tergiversada y ocultada bajo la manta de guerra interburguesa, denunciando cualquier tipo de práctica de confrontación del proletariado al ejército de ocupación bajo el expediente principal de lucha de liberación nacional. Nos estamos refiriendo, por ejemplo, a la lucha proletaria en toda América contra los ejércitos coloniales españoles, ingleses, portugueses...; en regiones de oriente y Oriente Medio contra el ejército inglés y el otomano; a las acontecidas en China en el siglo XIX contra la presencia del ejército de Inglaterra, Francia, Alemania - revueltas Taiping y Bóxer; en Filipinas (desde 1898 hasta 1913) contra la presencia de tropas estadounidenses, en Brasil (revuelta de canudo, por tomar sólo un ejemplo), en India, en África (por ejemplo, la revuelta de Herero), y, muy especialmente, a las luchas que abrazaron al mundo después de 1945 (América Latina, Asia, África Negra y el Magreb). Colocadas en la pequeña casilla de “luchas de liberación nacional” estas confrontaciones fueron despreciadas como conflictos interburgueses<sup>4</sup>.

La opinión comúnmente admitida es que estas luchas respondían exclusivamente a pujas al interior

4 Podemos aplicar esta observación a la “resistencia” (sin mayúscula) proletaria durante el período 1939-45, por ejemplo, contra el ejército ocupante alemán (o italiano como en Grecia, en Albania), ya sea en Francia, Serbia, Grecia, Rusia. Cuestión que se resuelve con dos golpes de cuchara: sólo sería un choque entre dos campos burgueses, lo que es ante todo un insulto a todos los proletarios que se negaron a ser controlados, explotados y masacrados por estos

de la clase dominante por controlar esos territorios, una opinión ante todo difundida por la burguesía mundial y sus principales agentes de adoctrinamiento: medios de comunicación, historiadores, universidades, intelectuales... Por supuesto, todo el amplio espectro izquierdista y ultraizquierdista **se hizo cargo de esa visión del mundo para fulminar a nuestra clase bajo la lucha de liberación nacional.** Bajo esa óptica se oponían perspectivas en favor o en contra de la liberación nacional, pero ambas visiones hacían el juego al encuadramiento burgués que trataba de atrapar en esa falsa disyuntiva a las luchas. En última instancia, las dos daban cobertura a la guerra imperialista contra nuestra clase, y, para gran alivio de sus posiciones contrarrevolucionarias, la misma acababa tarde o temprano (tras haber sido terriblemente reprimida) integrada por una fracción de la burguesía local, lo que les reconfortaba en sus lamentables puntos de vista.

Al margen de otras concepciones socialdemócratas que reproducen el amplio abanico de grupúsculos izquierdistas, un aspecto decisivo que impide percibir la naturaleza proletaria de esas luchas es la separación ideológica entre “países desarrollados” y “países subdesarrollados”, o más sutil, “países centrales” y “países periféricos”. Si algunos no llegaban al punto irrisorio de asegurar que el proletariado era una fuerza insignificante en esas zonas, debido a un supuesto escaso desarrollo del capital, no dejaban de ratificar esa concepción quienes afirmaban que las luchas decisivas tenían que partir de los países centrales. Lo que acontecía en América Latina, Asia, África, etc. no podía tener otro horizonte que el de una lucha nacionalista donde el proletariado servía de carne de cañón. Su punto de referencia parte

de Europa y de una imagen mitificada del obrero industrial, presa del progreso, del desarrollismo y el obrerismo<sup>5</sup>.

Nuestra posición al respecto es clara, en la mayoría de las luchas catalogadas de “liberación nacional” se puede rastrear a un proletariado que trata de defender sus condiciones materiales de vida, luchar contra la explotación y las necesidades de valorización que son gestionadas por el ejército de ocupación que asume la función de “su propia” burguesía. Ese es el único camino posible de la lucha proletaria en esas condiciones y, en consecuencia, para el desarrollo del derrotismo revolucionario: la lucha contra “su propia” burguesía, asestando golpes de contraterror, organizando y estructurando unidades de combate que se organizan en guerrillas y grupos armados, atacando en sus viviendas a los dirigentes de la represión y sus colaboradores, sabotando los suministros del enemigo, etc.

La descomposición del ejército de ocupación y la confraternización viene precisamente de la determinación de los ataques del proletariado contra ese ejército, **atacando sin piedad a los proletarios uniformados que aceptan seguir matando**, torturando, violando y reprimiendo. Es en este escenario y las tareas organizativas que exige donde se agudizan las contradicciones en el seno del ejército ocupante que permiten destruirlo, creando complicidad y confraternizando con los soldados enemigos que rompen con “su propio” campo.

Amalgamar la lucha del proletariado contra el ejército de ocupación con la liberación nacional, tal y como hace el “derrotismo simplista”, contribuye objetivamente al aislamiento, desarme y canalización de su lucha<sup>6</sup>. Los llamados de ese “derrotismo” se

ejércitos de ocupación y la burguesía local, muy celosa en su solidaridad con ese ejército de represión. También aquí, las sectas izquierdistas de todo tipo, son incapaces de ver al proletariado real y su lucha, en estas terribles condiciones, tras la gigantesca masacre y represión de los años 1917-23, pues no se desarrolló según el patrón clásico de “lucha proletaria” y “derrotismo revolucionario” que domina sus cerebros y han metido a calzador a las generaciones futuras como un dogma inamovible. Una vez más, edifican la realidad en base al encuadramiento final que la burguesía consiguió imponer, reduciendo los acontecimientos a una papilla única: en Francia, por ejemplo, la Resistencia con R mayúscula, controlada e institucionalizada por el Estado francés a través del PCF y el FFL, como si no hubiera habido resistencia ¡proletaria!

5 Hasta militantes como Ngo Van, que nos han dejado materiales inestimables de la actividad de nuestra clase en esa “periferia” -baste citar “Vietnam: revolución y contrarrevolución bajo el dominio colonial”, o “En el país de la campana hendida”-, reproducen también la visión socialdemócrata que busca al proletariado en las concentraciones industriales. Lo que explica que en la revista *Informations et Correspondance Ouvrière* (ICO), en la que participó activamente desde su fundación, los artículos que escribió se refieran a las huelgas de los trabajadores en las ciudades, en particular en Saigón, en 1964 y 1970, limitándose a los acontecimientos «obreros».

6 Algunos intentan combinar un nivel de abstracción, donde sólo entran en juego conceptos que se vuelven autónomos y desvinculados de la realidad, con un análisis más fino de los conflictos en curso, donde se evacua al proletariado (ya que “todo es interburgués”) y se tiene que “reinyectarlo” de forma pura, como les gustaría verlo, lo

contraponen a esta lucha elemental del proletariado contra “su propia” burguesía y las tareas que a ella corresponden, llamando sin sonrojarse a “confraternizar” con sus “hermanos en uniforme” que le torturan, le humillan, le violan, le masacran. La acción decidida del proletariado contra las fuerzas que le reprimen es colocada en el juego imperialista cuando en realidad es justamente la única práctica real de derrotismo. Como en la guerra de frentes, lo decisivo en esa práctica derrotista es la intransigencia de los proletarios en lucha, es decir, intransigencia en su contraposición contra el ejército de ocupación, pero también contra la fracción de la burguesía local que busca absorber su energía en un frente de liberación nacional. De ahí que la difusión de consignas y propaganda escrita denunciando el rol del ejército de ocupación, así como de las tentativas burguesas locales de canalizar la respuesta proletaria, alentando la desobediencia, la desertión y la confraternización entre los refractarios, son una parte decisiva del desarrollo del combate de clases.

## 7

El terreno de la contraposición armada nunca tiene como base la superioridad técnica y estrictamente militar, para poder acometer un enfrentamiento “aparato contra aparato”, “ejército contra ejército”. El contenido real de la lucha nunca está garantizado simplemente por el armamento (ciertamente indispensable) del proletariado, o por la forma particular que adopta el proletariado armado. Si bien es ineludible el enfrentamiento armado contra los soldados que cumplen su función de fuerzas de choque de la burguesía, esta realidad escapa de los frentes. El proletariado se organiza en destacamentos armados, guerrillas, cuya característica principal, frente al *guerrillerismo aparatista*, es su movilidad, la centralización de su dirección frente a la autonomía federativa que dispersa cada destacamento, así como su unidad con la “retaguardia”. Intenta dirigir sus ataques donde no le espera su enemigo, trata de eludir el combate directo cuando el enemigo es superior; evita la resistencia en puntos permanentes, utiliza la dispersión frente al avance del enemigo y la concentración sólo para golpear cuando nadie

le espera; realiza operaciones selectivas para liquidar dirigentes de la represión. Su propia forma de proceder frente al enemigo, liquidando sin piedad a los oficiales y soldados conocidos por su crueldad, y desarrollando la propaganda derrotista entre el resto de soldados capturados, contribuye a quebrar la coherencia de ese cuerpo represivo y potencia su descomposición. Se impulsa así la acción de los proletarios que se niegan a cumplir las órdenes, que desertan, que vuelven sus armas contra sus propios oficiales, negándose a servir como carne de cañón o como verdugos de sus propios hermanos de clase en la lucha, empujando de esa forma al proceso revolucionario en todos los campos burgueses.

## 8

Para la burguesía siempre se trata de transformar la guerra social en guerra interburguesa, sea por el aplastamiento y eliminación física del proletariado en lucha o/y por su canalización, es decir, por el encuadramiento del proletariado mediante **un proceso que liquida los diversos grados de autonomía alcanzados por el proletariado y lo conduce a un frente interclasista**. Bajo la calificación de guerra defensiva frente al invasor, de nación agredida contra el agresor, de nación oprimida frente al imperialismo, así como una larga serie de justificaciones, se trata de llevar al proletariado a una guerra entre fracciones de la clase dominante. En las situaciones históricas donde el proletariado resiste los cantos de sirena de la burguesía, y la correlación de fuerzas internacionales amenaza el orden existente, la paz social aparece como un horizonte sobre el que dividir y cimentar la derrota del proletariado. La paz de Brest-Litovsk es uno de los ejemplos más ilustrativos<sup>7</sup>.

Pero es la bandera de la liberación nacional la que se ha convertido en un gran baluarte contra el derrotismo revolucionario, especialmente cuando hay una confrontación contra un ejército de ocupación. La burguesía se sirve de ella para desviar la lucha de nuestra clase hacia sus intereses fraccionales en el mercado mundial, es decir, como forma de apropiarse de la gestión local de la explotación capitalista.

Ese proceso de encuadramiento se apoya en los diversos límites que contiene la autonomía de nuestra

cual es más fácil y no requiere buscarlo donde está, es decir, luchando y enfrentándose a “su propia” burguesía. Esto les protege de tener que confrontar su confortable ideología con la dinámica y contradictoria realidad.

7 La paz y la guerra capitalista no son más que dos momentos de la guerra permanente que la burguesía libra contra el proletariado.

clase, lugar donde proliferan nefastas concesiones a la burguesía local que abonan el terreno para la conformación de un **frente nacional bajo el que nuestra clase está perdida**. Esta realidad se hace evidente cuando el antagonismo entre clases, que tiende a delimitar las fronteras de la lucha, se difumina bajo la presión de la ideología que abandera la burguesía local para arrastrar a los proletarios a matarse por intereses ajenos a los suyos.

Si bien, frente al derrotismo en plena guerra de frentes esta práctica de canalización de nuestro movimiento se expresa a través de una renovación de la burguesía local, que se presenta a sí misma como parte del movimiento derrotista del proletariado, en la guerra de ocupación se manifiesta siempre como la construcción de un frente interclasista que afianza la figura de un ejército nacional contra el ejército de ocupación, independientemente del argumento sobre el que se arme la cohesión (defensa nacional, religión, cultura...). Su materialización se consigue consolidando una comunidad de intereses ficticia de la burguesía local con “sus” proletarios, construida con una identificación en torno a una nación, pueblo, territorio, cultura, religión, etnia, lengua, o cualquier otro aspecto particular sobre el que se pueda sostener ideológicamente esa ficción. El antagonismo de clase sufre una idílica abstracción que en su materialización real significa la integración del proletariado en la guerra imperialista.

Como se quiere hacer creer, **no existe una polarización entre imperialismo y liberación nacional**, pues la liberación nacional es parte integral del imperialismo. La lógica imperialista del capital (inherente en cada partícula de valor que contiene) es la que da coherencia a las distintas fracciones burguesas en la lucha internacional por la repartición de las fuerzas productivas del planeta. La liberación nacional, concretada bajo diversas identidades ficticias, no es otra cosa que el mecanismo utilizado por ciertas burguesías locales para movilizar al proletariado en defensa de sus intereses fraccionales.

El proceso por el cual los explotados van renunciando a la defensa de sus intereses materiales, y se dejan atrapar en las redes interimperialistas, los convierte en carne de cañón, y en todos los casos la situación regresa a una guerra de frentes interburguesa, aunque la misma esté combinada con el despliegue del ejército de ocupación. La afirmación de la guerra imperialista se ve confirmada por el aplastamiento y liquidación del proletariado, que

sólo puede revertir esta realidad por la ruptura de esa unidad interclasista mediante la reemergencia del derrotismo revolucionario, como respuesta a las condiciones brutales de explotación directa que son gestionadas por las distintas burguesías (ejército de ocupación, ejército o milicias de la burguesía local...). Sólo con el renacimiento de esa perspectiva, el proletariado vuelve a contraponerse a los sacrificios de la unidad nacional, atacando a los proletarios uniformados que les siguen matando de ambos bandos, respondiendo y atacando a las fracciones burguesas que organizan directamente su explotación, especialmente a los distintos dirigentes político-militares. Fuera de esa perspectiva cava su propia fosa común para la reproducción saneada del capital.

Las minorías revolucionarias, como parte activa y dinamizadora de la perspectiva derrotista no sólo alientan, sino que organizan las diversas tareas que la misma requiere. Entre esas tareas se hace imprescindible también la investigación histórica de las experiencias de afirmación del derrotismo, de cómo se consiguió disolver los distintos grados de autonomía de clase en favor de una fracción del capital, resaltar el proceso que va de uno a otro y, en este proceso, resaltar los momentos donde se alcanzan los niveles más elevados de autonomía de clase, así como los momentos en que el proletariado cede a su enemigo y deja que la contrarrevolución lo vuelva a tomar bajo su control. Esa tarea de reapropiación de su propia acción histórica, aporta directrices precisas para la acción internacional del proletariado en base a su propia experiencia, delimitando con mayor claridad las fronteras de clase.

## 9

La gran preocupación de la burguesía, tras las sucesivas experiencias históricas, es blindar a su ejército frente al derrotismo revolucionario que descompone su organización armada. De ahí que el tipo de reclutamiento mediante el cual se constituye un ejército (conscripción, voluntariado, mercenariado... y sus combinaciones mixtas) no es un tema baladí, pues este aspecto condiciona decisivamente las formas que adopta el derrotismo revolucionario.

Si tenemos que diferenciar los diferentes tipos de reclutamiento militar, tenemos que señalar que la burguesía mundial lleva mucho tiempo aprendiendo de las lecciones de la historia, corrigiendo aspectos constitutivos de sus ejércitos para combatir factores

que promueven la indisciplina y el cuestionamiento del orden militar en un contexto donde las contradicciones tienden a aflorar. El ejemplo de Vietnam en los años 60, donde el ejército más poderoso del planeta sufrió un terrible proceso de descomposición con decenas de miles de soldados desertando y organizándose contra sus propios oficiales, llevando la guerra a casa con las revueltas en EE.UU. (Watts, etc.), fue tomado muy en serio. El “error” que cometió EE.UU. al enviar a la guerra a cientos de miles de soldados, enrolados como parte del servicio militar obligatorio, estalló cuando el gran porcentaje de uniformados de raza negra dentro de su ejército, un ejército que reproduce el racismo de la sociedad, se identificaron con los proletarios que en Vietnam eran tratados abyectamente como *gooks*<sup>8</sup>. Por eso, desde hace mucho tiempo, la clase dominante se esfuerza por reclutar y seleccionar las tropas enviadas bajo criterios que dificulten toda identificación y confraternización con el “enemigo”, para lo que se tiene en cuenta desde el idioma y la cultura, hasta el propio historial personal de cada recluta. Al mismo tiempo, principalmente a través de los EE.UU., y en menor medida de Francia (Magreb, África), Inglaterra (India, Birmania, Malasia), el capitalismo mundial ha desarrollado y perfeccionado el principio de la guerra dirigida primero por tropas especiales (en Vietnam, aparición de los Boinas Verdes, Rangers, Lurps, Sayeret, SRR...), entrenados para realizar operaciones rápidas, tomar tropas enemigas desde la retaguardia y supervisar a los soldados alistados como parte del reclutamiento para transformarlos en máquinas de matar. Evidentemente, la aplicación de estas medidas contiene límites infranqueables, determinados por las necesidades del desarrollo de la guerra, que obligan a la burguesía a asumir reclutamientos “peligrosos”, por ejemplo, cuando se ve forzada a recurrir al reclutamiento obligatorio y masivo.

Por consiguiente, el tipo de reclutamiento indica una determinada táctica burguesa, su margen de maniobra y la posición material del proletario bajo el uniforme. Influye en la cohesión de las tropas, en la capacidad de asumir la intervención, de matar y morir, en la posible resistencia a los riesgos de desmoralización, desmovilización o incluso de descomposición. No es difícil comprender, por lo tanto,

que la práctica derrotista asume materializaciones diferentes en base al tipo de reclutamiento que no pueden ser ignoradas.

## 10

El avance y desarrollo del derrotismo revolucionario siempre está fuertemente marcado por la correlación internacional de fuerzas. Esto es notoriamente evidente en el contexto de guerra imperialista localizada, donde una correlación desfavorable a nuestra clase permite el aislamiento de los proletarios en lucha. No cabe duda que las diversas luchas y momentos derrotistas, por muy imponentes que se presenten, se encuentran desprendidos de la perspectiva revolucionaria si no se opera una ruptura del aislamiento. Atrapadas en los cordones sanitarios que establece la burguesía, el resultado siempre es el mismo: derrota. Esta suele presentarse por una masacre ejecutada por el Estado mundial sobre el territorio, o por la neutralización y canalización del movimiento. Por lo tanto, el derrotismo revolucionario sólo alcanza su realización en tanto que movimiento expansivo, como **guerra revolucionaria del proletariado mundial**, es decir, como articulación internacional de la lucha contra la “propia” burguesía del proletariado de los diversos países.

Aunque la variación de la correlación de fuerzas y la ruptura del aislamiento puede acontecer por el impulso y decisión que alcanza el derrotismo en los países donde se concentra la guerra localizada, llevando la contradicción a todos los ejércitos en funciones, no obstante, el peso que tiene la lucha de clases desarrollada en los países que envían sus ejércitos, adquiere una importancia de primer orden. La cohesión y la paz social en la “retaguardia” permite a esos ejércitos despreocuparse del orden social en sus territorios y desplegar sus fuerzas por otras regiones. Por el contrario, el cuestionamiento y la ruptura de la paz social a sus espaldas, no sólo tiende a obligar esos ejércitos de ocupación a regresar a “casa”, para no ser barridos en la “retaguardia”, sino que debilita su propia cohesión. Por eso, el derrotismo revolucionario, una vez más, se expresa en esa situación y en esos países, en la lucha contra “su propia” burguesía, contra “su” propio Estado, contra el esfuerzo de guerra, favoreciendo la derrota de “su” propio ejército. Los llamados al

8 Tenemos que anotar que, obviamente, ese derrotismo venía determinado por la oleada de luchas internacionales de los años 60-70, y ese tipo de reclutamiento no hizo sino favorecer que esas luchas explotaran al interior de ese ejército.

derrotismo que no parten de esta cuestión esencial siguen abonados a la impotencia, a la contemplación y al idealismo.

No hay ninguna perspectiva de transformación social sin la generalización de la lucha proletaria. La experiencia histórica es una verificación de esa determinación invariable en la lucha entre el proletariado y la burguesía: todo proceso insurreccional acantonado en una ciudad, país o región tiende inevitablemente a sucumbir. No se puede destruir al capital en tal o cual lugar, sino en el planeta entero del que emana la reproducción social de esta sociedad, y para ello se requiere destruir el poder burgués en todas partes. De ahí que el internacionalismo no es un “principio” al que se inscriben las minorías revolucionarias, sino el contenido mismo del combate proletario.

Por consiguiente, si bien la lucha de proletariado se sintetiza en la lucha contra la burguesía que se tiene enfrente, combatiendo a los diversos agentes que despliega para reproducir la sociedad capitalista, es en la **organización y centralización internacional de esa comunidad de lucha contra “su propia” burguesía donde se juega la cuestión decisiva** que puede abrir el terreno a la revolución mundial. Las minorías revolucionarias inscriben su accionar en esa perspectiva, no sólo en lo que respecta a la acción derrotista, sino en cualquier combate cotidiano del proletariado. Se encuentra ahí el proceso

mismo de constitución del proletariado en clase, en partido mundial para la destrucción del orden social existente.

Así pues, las minorías revolucionarias no son intérpretes ni cronistas de la realidad. Tampoco buscan “acuerdos teóricos” para actuar conjuntamente. Lo que caracteriza a las minorías comunistas es -independientemente de cómo éstas se autodenominen- asumir las diversas expresiones de la lucha como una misma y única comunidad de lucha internacional contra el capital y el Estado, poniendo todos sus esfuerzos y pasión en **estructurar, organizar y centralizar las tareas** que la misma requiere. Es en ese proceder, que implica una crítica implacable del reformismo, del activismo, del teoricismo, del centrismo..., es decir, de las distintas fuerzas socialdemócratas que minan nuestra comunidad de lucha, en el que la discusión y profundización programática, así como la delimitación entre revolución y contrarrevolución, se afirma como una verdadera praxis revolucionaria. En ese terreno de lucha, de confrontación, pero también de compañerismo y de vida, impulsamos a los militantes y grupos revolucionarios a centralizar sus esfuerzos con los nuestros en la organización del derrotismo revolucionario, y en general, en la organización de todas las tareas que exige la comunidad de lucha contra el capital, teniendo en cuenta, claro está, las capacidades y posibilidades que la coyuntura nos permite.

12

**En tiempos de paz capitalista,  
NOSOTROS LUCHAMOS**

contra la explotación,  
contra la alienación,  
contra la miseria,  
contra la mercantilización  
de la vida,  
contra la guerra,  
contra la paz social!

*Si nosotros no apoyamos a ningún Estado  
en tiempos de paz capitalista,  
¿entonces por qué deberíamos hacerlo*  
**EN CASO DE GUERRA?**

No existe mal menor  
Ningún compromiso  
Ninguna sumisión  
Derrotismo revolucionario  
**GUERRA de CLASES**

# ORIENTE MEDIO. LA LÓGICA DE LOS ESTADOS Y EL PROLETARIADO

«Hace un año dije algo sencillo: cambiaríamos la faz de Oriente Medio, y de hecho lo estamos haciendo. Siria no es la misma Siria. Líbano no es el mismo Líbano. Gaza no es la misma Gaza. Y la cabeza del eje, Irán, no es el mismo Irán; también ha sentido el poder de nuestro brazo»<sup>1</sup>.

Así hablaba el primer ministro israelí a finales de 2024 para explicar la más virulenta y devastadora operación militar desplegada por el Estado de Israel en Oriente Medio desde su nacimiento. ¿A qué se refería Netanyahu con ese *cambio de faz*? Las cifras oficiales que se manejaban en enero de 2025 eran reveladoras: más de 50.000 muertos, entre ellos más de 15.000 niños, 100.000 heridos de diversa consideración, miles de detenciones, campos de refugiados y localidades arrasadas<sup>2</sup>. Aunque la tragedia se extendió a Cisjordania y Líbano, donde las tropas israelíes también pasaron a cuchillo a la población, la mayoría de estas cifras proceden de la franja de Gaza, donde más de la mitad de los edificios residenciales han sido destruidos, se ha demolido escuelas, universidades y hospitales. En ese lugar, el *cambio de faz* viene complementado, además, por la restricción absoluta de alimentos, agua y material sanitario, en tanto que política de exterminio abiertamente confesada: “No habrá electricidad, ni comida, ni combustible. Todo estará cerrado” afirmaba el ministro de defensa israelí, Yoav Gallant.

Mientras se bombardeaba y atacaba sistemáticamente campos de refugiados en áreas previamente declaradas *safe* por el propio ejército israelí, la propaganda bélica sionista insistía en que se trataba de una cruzada contra el terrorismo y el eje del mal (Irán), justificada tras el ataque de Hamás del 7 de octubre.

Es cierto que en medio de esta masacre se realizaron ciertas acciones selectivas contra algunos dirigentes de Hamás o de Hezbolá, contra estructuras militares de fracciones pro-iraníes, así como algunos intercambios de misiles con Irán. Pero en la globalidad de los acontecimientos son anécdotas, daños colaterales

en una guerra que se mostró una vez más como **una guerra del capital contra el proletariado**.

Efectivamente, si le quitamos a la propaganda sionista el envoltorio ideológico que la recubre y la cotejamos con lo que acontece en la realidad, no puede haber duda alguna de que cambiar *la faz de Oriente Medio* consiste en **aplantar bajo el fuego letal de la maquinaria de guerra capitalista al proletariado**. Si bien se nos insiste por todas partes en que las contradicciones entre Estados, entre naciones, entre pueblos, entre intereses y proyectos de la clase dominante fueron los factores desencadenantes, se oculta, ignora o subestima el papel que ocuparon las contradicciones de clase.

Para comprender esta cuestión hay que tener presente que la producción y reproducción de proletarios en la región excede hasta tal punto las necesidades de valorización capitalista que genera **gigantescas concentraciones de miseria**. Un peligroso potencial de lucha que los diversos Estados se han lanzado entre sí. Gaza y Cisjordania son dos prisiones a cielo abierto donde se encierra a unos cinco millones de habitantes, la mayoría en penosas condiciones de vida, especialmente en Gaza; Líbano acumula a medio millón de desterrados venidos de Palestina en campos de refugiados, otro millón y medio de exiliados de Siria se amontonan en casas rurales cuyo alquiler apenas pueden pagar; Irán cuenta con unos 3 millones de refugiados de Afganistán que en su mayoría no son oficialmente reconocidos como residentes; en Jordania los campos de refugiados acumulan más de 3 millones de proletarios venidos de Palestina y Siria, etc. En realidad, por la región se desparrama una marea humana de población superflua -para el capital- que ha conformado históricamente un polo de miseria y de revueltas constantes cuya administración ha requerido un frecuente estado de sitio y una sucesión imparable de represiones y masacres.

Si a esto sumamos que en los últimos años ese polo de miseria ha generado un repunte de las luchas sociales, que han sacudido al conjunto de la

1 Netanyahu en un mensaje grabado.

2 Otros datos que se barajan sobre el terreno denuncian que esas cifras, ya estremecedoras de por sí, están fuertemente rebajadas.

región retomando la llamada “segunda primavera árabe”, se entiende todavía mejor **la necesidad de los guardianes del orden de cambiar la faz de Oriente Medio.**

Así es, no podemos obviar que Cisjordania y Gaza han asistido a un ascenso de luchas en delimitación con los agentes locales de encuadramiento, poniendo en cuestión a la ANP y a Hamás. Tampoco que el gobierno del Líbano -con el apoyo, no lo olvidemos, de fuerzas de Hezbolá- ha sido incapaz de erradicar las protestas que eclosionaron tras la potente agitación del 2020, pues las constantes medidas de austeridad que ha tenido que imponer han empujado a los proletarios a la calle de forma interrumpida. Algo también acontecido, probablemente en menor medida, en Jordania y Siria, convulsionadas por violentas manifestaciones y protestas. Y no olvidemos tampoco el *levantamiento de los sedientos* en julio de 2021, y la posterior revuelta del 2022 tras el asesinato policial de Masha Amini que ha sumergido a Irán en un clima de descontento que desconocía desde 1979.

14



¿Cómo no va a tener una importancia decisiva esa situación social en los presentes acontecimientos y en la movilización del guardián del orden regional? Creemos que no hace falta pararse a demostrar que el Estado israelí lleva asumiendo esta función policial desde su constitución, interviniendo en los diversos territorios cuando ha sido necesario. Ese cometido ha sido flagrante en Palestina, pues su particular inestabilidad ha requerido el despliegue permanente de sus tropas como ejército de ocupación, pero cuando la coyuntura lo ha precisado su bota militar ha pisoteado otros territorios. Fiel a este cometido, el Estado de Israel utilizó el ataque de Hamás del 7 de octubre para *cambiar la faz de medio oriente*, iniciando **una guerra de gendarmería que situó los masificados campos de refugiados como primer**

**objetivo**, empezando por Gaza, un verdadero campo de refugiados -o si se quiere de concentración- que encierra a más de dos millones de habitantes.

Afirmar esto no significa desconocer la relevancia de las contradicciones interburguesas. En realidad, oponer guerra interburguesa y guerra contra el proletariado es una falsa oposición, pues son dos aspectos de una misma realidad. La guerra imperialista es siempre contra el proletariado, independientemente que el factor que desencadene las hostilidades sea la competencia en el mercado mundial o una operación de gendarmería para aplastar una revuelta.

En el caso del Estado de Israel, es más que evidente que su función de gendarme regional está vinculada a la defensa de los intereses particulares que aglutina, o sea, a la defensa de la fracción hegemónica de la burguesía, encabezada por EE.UU., frente al de otras fracciones con las que rivaliza en el mercado mundial. Es decir, ese Estado no sólo asume una función policial contra los explotados que amenazan el equilibrio regional, sino que actúa al mismo tiempo contra sectores burgueses por el control de los recursos -proletariado incluido-, por rutas y tratados comerciales, por posiciones geoestratégicas, etc.

El reduccionismo analítico que imponen los filtros mediadores de la burguesía hace que este último elemento sea el único a tener en cuenta, ignorando que está determinado por el desarrollo de la lucha de clases y el control sobre el proletariado. Desde ese punto de vista reduccionista no puede comprenderse ni el ataque de Hamás del 7 de octubre, ni el rol de los diversos actores del drama, ni por supuesto el posterior desarrollo de los acontecimientos. Tampoco puede entenderse, por cierto, desde el punto de vista de la ideología de “liberación nacional” que se coloca en el mismo terreno de confrontación entre potencias imperialistas. Claro que no se trata solo de simples puntos de vista, de interpretación pasivas, sino que integran las tentativas burguesas de canalizar los profundos y explosivos antagonismos sociales que se desarrollan en esos lugares, haciendo de los explotados simples peones de las disputas de sus explotadores por el reparto del mundo.

Partiendo de todas esos “puntos de vista”, se ha hablado y escrito mucho sobre al ataque de Hamás del 7 de octubre que el Estado de Israel usó para justificar su escalada de terror militar, de las motivaciones particulares de Hamás, de las implicaciones,

de la respuesta de Israel, del juego imperialista en la región, de la lucha “anticolonial”, etc. Estas “interpretaciones” están obligadas a obviar **el vínculo íntimo que une el ataque de Hamás y la posterior operación de aniquilación del ejército del Estado de Israel: la gestión y el control del proletariado.** Para captar el contenido social de este vínculo es necesario situarse en las contradicciones de clase en Palestina, atravesando la lógica de los Estados.

## La lucha proletaria en Palestina y el ataque de Hamás del 7 de octubre

En Palestina, el Estado de Israel ha sido un implacable guardián del orden frente a unos proletarios que han mostrado una combatividad ejemplar a lo largo de la historia<sup>3</sup>. Sin embargo, el Estado israelí no ha estado solo a la hora de cumplir esa función policial, siendo complementado por otros aparatos del Estado. La **Autoridad Nacional Palestina (ANP) y, en los últimos 20 años, Hamás,** se han afianzado como importantes agentes locales del orden social capitalista.

Pocos cuestionan hoy que la ANP actúa como *subcontratista* del Estado de Israel. La OLP, encabezada por Al Fatah, se ganó ese derecho tras lograr pacificar la llamada primera intifada, y los acuerdos de Oslo así lo confirmaron. Ahora bien, el papel de Hamás no es muy diferente. Desde el 2007, pese a las reticencias iniciales del Estado de Israel con motivo del equilibrio de fuerzas regionales con el Estado de Irán, con quien se alinea Hamás, y a pesar de las los choques armados y la enconada retórica desplegada por cada actor, el Estado israelí se apoyó en Hamás para gobernar la franja de Gaza, mientras la ANP continuó siendo su esbirro en Cisjordania<sup>4</sup>. La colaboración con Hamás no llegó nunca al extremo del entusiasta subcontratista de Cisjordania, sin embargo, fue lo suficientemente fructífera para ambos lados. El Estado de Israel construyó una gigantesca

prisión a cielo abierto para encerrar al proletariado, ocupándose exclusivamente de *cortar el césped* de vez en cuando<sup>5</sup>. Hamás asumió el mandato de gestionar esa prisión, manteniendo, eso sí, cierta aura de resistencia necesaria para controlar a sus prisioneros y evitar caer en el descrédito de la ANP. Esa es la forma en la que **ese territorio, sitiado por el Estado de Israel, ha conservado en su interior los órganos propios para la reproducción del capital: gobierno, policía, cárceles, escuelas, etc.**

Así se ha gestionado la explotación del proletariado en Palestina durante casi dos décadas. Pese a las duras confrontaciones y tensiones que han jalonado ese lapso de tiempo, como consecuencia de los antagonismos de clase, así como del juego imperialista, lo cierto es que esa forma de gestión consiguió mantener cierta estabilidad en ese polvorín desde el 2007. Pero en los últimos años la situación fue tomado un cariz preocupante, amenazando seriamente con desestabilizar el orden en toda la región. Gaza y Cisjordania vieron como los proletarios retomaban las luchas contra sus insostenibles condiciones de vida, no sólo al margen de Hamás y la ANP, sino apuntando en ocasiones contra esos aparatos del Estado, lo que ponía en peligro el control de esos gendarmes locales.

A lo largo del año 2021, en Cisjordania, impulsados por sus necesidades inmediatas de supervivencia, surgieron numerosos grupos y militantes para combatir a los milicos del Estado de Israel y la complicidad de la ANP. Operaban principalmente en el entorno de su zona de residencia, organizando cuantiosos ataques a las tropas de ocupación, check-points, resistiendo expulsiones en sus localidades y ejecutando acciones de defensa frente a las incursiones del ejército en los campos de refugiados y localidades que habitan. No estamos hablando de una práctica nacionalista ni religiosa determinada por una estrategia de liberación nacional para construir un “verdadero Estado Palestino” que, dicho sea de paso, no significaría otra cosa que una variante

3 Ver nuestro texto “Palestina. Una historia de miseria, masacres y sublevaciones” publicado en esta misma revista.

4 En coherencia con ello, y al menos hasta el ataque del 7 de octubre, el Estado de Israel ha participado activamente en el sostén económico que recibe Hamás por parte de Qatar. No es un secreto que una parte importante la ayuda económica que llega a Gaza proviene de Qatar. Medios burgueses como el New York Times, la CNN y otros, no esconden que los fondos, unos 30 millones de dólares al mes, llegan a Gaza en efectivo a través de la frontera con Israel por medio de funcionarios israelíes y de la ONU.

5 Bajo la cortina de humo de desgastar a Hamás, el ejército de Israel empleó una táctica en Gaza que vino a denominarse *cortar el césped*, lo que en los hechos consistía en incursiones y matanzas de proletarios de forma periódica como elemento represivo y de “saneamiento”.

territorial para la explotación capitalista. Se trata, por el contrario, de una práctica que surge de la respuesta espontánea de los proletarios al infierno que viven, a la explotación y represión que administran los milicos israelíes, que en su desarrollo natural se ve abocada a asumir la organización en pequeños grupos armados, guerrillas, para contraponerse a la dictadura militar del capital. Evidentemente, se ven impulsados a contraponerse no sólo a esos milicos que los matan, torturan, humillan y someten, sino a la complicidad de la ANP.

De ahí que el desarrollo de estos grupos de autodefensa, cuyos integrantes son muy jóvenes, vecinos de localidades y campos de refugiados, estrechamente ligados a otros proletarios que los cobijan y protegen, no sólo ha tenido que enfrentarse al ejército israelí, sino también a la ANP, que trabaja mano a mano con las tropas israelíes para liquidar esas expresiones. Decenas de redadas han sido organizadas por ese aparato burgués palestino para apresar a los combatientes, tratando al mismo tiempo de encuadrarlos en su aparato estatal. Es común ofrecer como alternativa a la prisión, o lo que es peor, a la entrega a las autoridades israelíes, una amnistía y su integración en las filas de las fuerzas de seguridad de la ANP a cambio de entregar las armas. Pero son pocos los que han aceptado ese soborno, fomentando en sus localidades una férrea oposición a los esbirros de la ANP.

Pero estos grupos, como parte integrante del proceso contradictorio de autonomía de clase, **no sólo se han visto enfrentados a la ANP, sino que se han ido delimitado en su práctica cotidiana de otras facciones nacionalistas e islamistas** que han monopolizado la “resistencia palestina” durante los últimos años, como Hamás o la Yihad islámica Palestina. Como decíamos, su práctica social no está supeditada a una causa nacional, de defensa del Estado nacional, ni al odio religioso a los judíos, tampoco está ligada a las necesidades de reproducción propias de los aparatos del Estado.

Son las necesidades más vitales y materiales de vida, de supervivencia, las que hacen surgir a estos grupos de acción directa, golpeando como pueden a quienes les imponen las cadenas de clase que arrastran a cada paso. Por eso se organizan al margen de estructuras que determinan su actividad por intereses ajenos a las necesidades materiales y que

tratan de canalizar la rabia de estos grupos hacia el interior del Estado, es decir, transformarlos en carne de cañón de una guerra entre gestores de la explotación.

Nablus y Jenin han sido los epicentros más importantes para esos grupos armados que tomaron fuerza a lo largo de Cisjordania. Aunque algunos de los grupos más conocidos son la Brigada Jenin, Brigada Tulkarn, Brigada Tubas, Brigada Aqbat Jabr, Brigada Balata o la Guarida de los leones, son decenas de núcleos los que se consolidaron desde entonces. Es cierto que los niveles de autonomía alcanzados por los diversos grupos frente a las distintas fuerzas burguesas son muy heterogéneos. Algunos de sus miembros vienen de rupturas con grupos como Hamás, la Yihad, Al Fatah o el Frente de liberación nacional, lo que es utilizado por los medios de comunicación burgueses para amalgamarlos a esas organizaciones. Por supuesto que la fuerza del mito de liberación nacional, de la religión u otras ideologías tienen una fuerza significativa. De ahí que algunos de esos grupos no expresen una clara ruptura con expresiones centristas como Hamás. Algunos de ellos consideran que, al menos en lo que respecta a su oposición al Estado israelí, son parte de una misma lucha, lo que evidentemente es un nefasto límite que facilita la amalgama y supone un potencial peligro de encuadramiento. Pero es incuestionable que es a través de esa miríada de grupos como el proletariado trata de organizar la lucha por sus necesidades materiales, combatiendo al ejército de ocupación que lo reprime e impone su sometimiento a la explotación capitalista.

Es en el seno de esos grupos, en la pelea en su interior contra las fuerzas e ideologías del enemigo, en las sucesivas rupturas y clarificaciones que se ven forzados a realizar, donde se juega una parte importante del proceso de autonomía de nuestra clase y el giro hacia un lado u otro.

¿De qué otra manera va a surgir la defensa y el asociacionismo proletario en esas condiciones?

*«La Autoridad Nacional Palestina está perdiendo lentamente el control sobre las clases sociales, especialmente en el norte de Cisjordania, a la vez que tiene lugar el ascenso de toda una nueva generación de palestinos que están asumiendo la lucha según sus propios términos.»<sup>6</sup>*

## RECONOCIMIENTO DE NUESTRAS LUCHAS

El reconocimiento de nuestras luchas y de nuestros procesos organizativos siempre ha sido un tema difícil y complejo, como consecuencia de un conjunto de fuerzas y mediaciones del capital que lo obstaculizan. Por eso, esa cuestión está constantemente presente en las discusiones de la comunidad de lucha.

Al respecto tenemos un criterio de base, intransigente, que nunca abandonamos para tratar de reconocer nuestra propia lucha y analizar los acontecimientos sociales. Nuestro punto de partida esencial es lo que hacen los protagonistas y nunca lo que dicen. Captar esa práctica que se da sobre el terreno abstrayéndonos totalmente de las banderas, de lo que los protagonistas piensan.

En ese primer momento del análisis, del reconocimiento, nos da totalmente igual lo que dicen los protagonistas. Hacemos *oídos sordos*. Sólo nos importa ese aspecto esencial de su práctica real sin atender a otros. ¿Actúan contra la explotación que sufren? ¿Luchan por sus intereses de clase inmediatos, materiales, vitales? ¿Se enfrentan a quien ejerce y mantiene sus condiciones de explotación?... Nos agarramos al único criterio válido, la práctica material contra la explotación (en el sentido amplio que nosotros le damos el contenido explotación, claro está).

Volvamos, teniendo esto en cuenta, al caso de Palestina y Cisjordania que exponemos en el texto. Veamos a esos proletarios, especialmente a esos jóvenes que viven en los distintos campos de refugiados y localidades sitiadas, que responden, no ya con piedras, sino con armas frente a las condiciones espantosas en las que viven. Salen a pelear contra los milicos israelís que les imponen el mantenimiento de esas condiciones de existencia, confrontándose también a la ANP que respalda a esos milicos. En ese contexto, numerosos proletarios asumen la organización, la estructuración y la creación de redes de combate y solidaridad con el interés de golpear a los guardianes del orden social.

Para ello, además, se ven impulsados a organizarse al margen de otros grupos como Hamás y la Yihad. ¿Por qué? Porque su respuesta, su lucha, no puede depender de las decisiones de esas organizaciones que deciden en base, no a las necesidades materiales, no a la lucha contra la explotación, sino en base a las necesidades de captación, de gestión de la explotación, de administración en el gobierno... Es decir, en base a las necesidades particulares que exige la reproducción del aparato capitalista del que forman parte. Por eso, esos grupos proletarios se han organizado fuera (y a veces en contra) de ellos. Porque sus condiciones de vida les determinan a luchar por sus necesidades materiales, obligándoles a organizarse fuera de estructuras que vienen determinada por intereses ajenos. y por tanto no pueden responder sobre el terreno a sus urgentes necesidades. Es ahí donde se genera la contraposición entre las necesidades proletarias y las de la burguesía (y sus tentativas de canalización), entre el proceso organizativo del proletariado y el de su encuadramiento. El proceso de autonomía proletaria se gesta en esa contraposición.

Hasta aquí la base metodológica que nos permite reconocer nuestras luchas, decir si tal o cual grupo es o no expresión del asociacionismo proletario. Llegado a ese punto, se trata de determinar los límites que esas expresiones y luchas contienen, precisar los niveles de autonomía alcanzados. Ahí entran en consideración otros aspectos de la práctica social como las banderas, lo que dicen, las ideologías... Así, por ejemplo, regresando a Palestina, esos grupos que hemos mencionado no son, en la mayoría de las ocasiones, nada claros en su crítica explícita frente a las fuerzas nacionalistas e islámicas. Algunos llegan a creer que están en el mismo bando que Hamás o la Yihad cuando pelean contra los milicos israelís, también muchos se hacen grandes ilusiones con una Palestina libre, etc. Es realmente terrible. ¡Es la fuerza de la contrarrevolución actuando para encauzar nuestras luchas y organizaciones!

La tensión entre esos dos elementos de la práctica, entre lo que hacen y lo que dicen, así como el desarrollo de la misma, expresa los momentos del proceso de afirmación y negación del proletariado como clase, como fuerza social, tanto en episodios de lucha como en expresiones organizativas. La determinación cada vez más fuerte de lo que hacen por lo que hacen marca el curso hacia la autonomía de clase, delimitando de forma cada vez más clara los intereses antagónicos que existen. Por el contrario, la determinación creciente de lo que hacen por lo que dicen recorre el camino inverso, la pérdida de autonomía, la disolución de esas expresiones y su integración en fracciones del capital.

Este es el curso contradictorio permanente que caracteriza el proceso de constitución del proletariado en clase, y, por tanto, en partido. Pero también el proceso que se da en cualquier lucha o esfuerzo organizativo. Sólo una metodología analítica que permita captar esta compleja realidad, nos permite discernir -con todas las dificultades que tenemos- los diversos momentos que atraviesa ese proceso. Es decir, el movimiento que va de un lado a otro -afirmación o negación-, las manifestaciones que ambos presentan, y finalmente comprender qué límites permitieron negar el proceso y qué fuerzas empujaron para un lado u otro. No sólo está en juego el reconocimiento de nuestras luchas, sino que el balance de esas fuerzas de afirmación y negación en contraposición nos permite afilar el cuchillo de la crítica contra los límites que destruyen nuestra lucha.

A estos grupos se suman la extensión de acciones de los llamados “lobos solitarios”, proletarios que golpean algún objetivo del Estado de Israel y desaparecen. Aunque por lo general responden a una pequeña planificación colectiva, su práctica se materializa individualmente pues facilita la acción al no requerir mucha organización ni grandes recursos.



18

Algo que ha provocado la extensión de esta práctica por su fácil reproducción.

Como respuesta a este aumento del asociacionismo proletario armado, el ejército israelí inició en marzo de 2022 la *Operación Romper la Ola*, emprendiendo sangrientas incursiones represivas en Cisjordania. La operación se alargó durante meses con 1.500 arrestos y decenas de muertos. Sin embargo, no se pudo doblegar a los rebeldes que hablaban de “transformar la ola en tsunami”. En julio de 2023 Israel intensificó su milicada con la *Operación Casa y Jardín* a gran escala, iniciando el bombardeo de la ciudad de Yenín y desplegando a más de 1000 milicos. Fue la mayor operación militar en Cisjordania desde

la llamada segunda intifada, y un anticipo de lo que vendrá poco después.

Mientras esto sucedía en Cisjordania, la situación en Gaza no era mucho mejor para los gestores de la explotación. A la extensión de estos grupos armados se sumaron diversas protestas contra la insostenible miseria que ponían en el punto de mira no sólo al Estado de Israel, sino también a Hamás. Las protestas masivas de julio-agosto de 2023 contra las penosas condiciones de vida existentes, en las que llegaron a quemarse banderas de Hamás, como en Jabalia, ponían de manifiesto que la situación iba camino de explotar en cualquier momento. El proletariado de la franja de Gaza expresaba su hartazgo de tener que vivir hambreado en el encierro israelí, mientras algunos de los dirigentes de Hamás viven sobrealimentados en hoteles de lujo de Qatar y Turquía u ostentan una red clientelar sostenida por los fondos de Qatar e Irán.

El ataque de Hamás del **7 de octubre del 2023 cambió el curso de los acontecimientos** al desplazar el eje de las contradicciones a través de la intensificación del enfrentamiento interburgués<sup>7</sup>. Es importante comprender que la operación diluvio de Al-Aqsa y la posterior respuesta del ejército israelí se sitúan objetivamente en una misma lógica. **La lógica de los Estados, del control del territorio y sus recursos**, especialmente de los explotados que viven en la región.

La acción de Hamás del 7 de octubre no se inscribe, evidentemente, en el campo de la lucha proletaria contra el Estado gendarme de la región, sino en el de la confrontación imperialista. Sin embargo, el hecho de que esa confrontación se presente, por

7 No entraremos en si hubo o no cierta pasividad voluntaria del Estado israelí que permitió la operación de Hamás para la instrumentalización que se hizo posteriormente de ella. Creemos que para nuestra exposición no es relevante esa cuestión. Anotemos, simplemente, que se ha filtrado información de que las autoridades israelí decidieron no tomar medida alguna pese a que los servicios secretos de Israel seguían con detalle los movimientos de Hamás. La noche anterior al ataque tuvo lugar una reunión de emergencia de altos cargos militares para discutir qué hacer frente a esos sospechosos movimientos observados esos días, descartando finalmente cualquier acción.

parte de Hamás, como oposición al Estado de Israel, unido a los límites programáticos y organizativos que apuntábamos más arriba, genera condiciones favorables al encuadramiento interburgués. Grandes sectores proletarios identifican su propia lucha contra el Estado gendarme con la lucha de Hamás. Se tiende a definir como enemigo común al Estado de Israel permitiendo un lavado de jeta de Hamás y otras fracciones locales, que juegan así la carta nacional contra el invasor. Reprimidos y perseguidos por el mismo Estado, en nombre del mismo cuento, se dan las condiciones necesarias para generar una comunidad ficticia de intereses que vela y reemplaza las verdaderas fronteras de clase y encierra la perspectiva al interior de la lógica de los Estados. En el fondo es la forma en la que Hamás ha controlado a un sector del proletariado en Palestina desde hace muchos años, y la que ha llevado hasta sus últimas consecuencias con el ataque del 7 de octubre para frenar la pérdida de credibilidad que sufría y los procesos de ruptura que esbozaban numerosos grupos.

Por lo tanto, el ataque del 7 de octubre, tanto en su forma y contenido, así como la perspectiva objetiva sobre la que se sustentó, atacó el proceso de autonomía del proletariado y se situó como acicate de la guerra imperialista. No puede esperarse otra cosa de un aparato de Estado que, viendo su fuerza social desgastada tras casi dos décadas de gestión, asumiendo funciones de gobierno, de represión de diversas protestas, así como de contención frente al Estado de Israel, se vio en una encrucijada. Era peligroso mantener el *statu quo*, pues implicaba dismantelar la base ideológica que sostiene su fuerza social. La única forma de recuperar la hegemonía política perdida era dando *un golpe sobre la mesa* contra Israel. Distraer la atención con el “enemigo exterior”, tal como dice la biblia contrainsurgente.

Las disputas sobre la política a tomar existían internamente en Hamás desde hacía mucho tiempo, y la organización se había preparado para afrontar diversos caminos. Pero había que decidir la cuestión, prácticamente, en el terreno de los hechos. Y así fue. El ataque del 7 de octubre de 2023 llevó el estupor a algunos dirigentes de Hamás en sus habitaciones de Qatar, pero entraba en la lógica de un órgano de Estado que se nutre de la ideología de “liberación nacional”.

El Estado israelí, por su parte, pudo utilizar ese ataque para desencadenar una brutal guerra de gendarmería contra esos proletarios en Gaza, Cisjor-

dania y Líbano que venían desestabilizando el orden social durante los últimos años y que son además un estorbo en la cadena de producción de valor.

## Repliegue del proletariado y alineamiento imperialista

De la misma manera que las fracciones más decididas del proletariado buscan orientar la lucha contra el capital en su conjunto, y por lo tanto contra todas las fracciones burguesas, es evidente que sectores lúcidos de la burguesía tratan de canalizar las luchas que cuestionen el orden social hacia una guerra entre fracciones y alternativas burguesas. Pese al riesgo evidente que conllevaba la acción del 7 de octubre, Hamás estuvo determinado por esa lógica y parece haber tenido éxito. Si bien militarmente su estructura armada ha sido debilitada, no ha sucedido lo mismo a nivel político, desplazando el descontento anterior y paralizando los procesos de ruptura, atrayendo tras de sí a numerosas expresiones proletarias bajo un frente nacional contra Israel. Con la extensión de las operaciones militares israelís al Líbano y a otros países de la zona, ese frente “anti-israelí” adquirió otra escala, amenazando con una guerra imperialista en toda la región.

En ese juego voraz de la guerra imperialista **los intereses del proletariado fueron barridos, aplastados por una cacería militar**. En primer lugar, a través de la guerra de gendarmería que, a sangre y fuego, masacró y replegó a nuestra clase, incapaz de responder en su propio terreno, tanto por los límites locales que subrayábamos antes, como por la correlación de fuerzas existentes a nivel internacional. En segundo lugar, gracias a la repolarización interburguesa que acompañó este baño de sangre, la burguesía pudo someter a los explotados a sus disputas, girando hacia una guerra de frentes cuya consecuencia directa para nuestra clase es soportar en balde su exterminio en una guerra conducida rabiosamente por sus enemigos, sufriendo los peores sacrificios para satisfacer los intereses de los diversos funcionarios del capital.

Para Hamás la cuestión es clara: afianzar su papel de gestor en el Estado Palestino, para lo que exige una mayor autonomía de ese Estado frente al de Israel. Hamás rentabiliza políticamente el exterminio que desarrolla Israel en sus negociaciones diplomáticas internacionales. Presenta su proyecto territorial como la mejor forma de gestionar la reproducción de ese

polo de miseria y está incluso de acuerdo en aceptar las fronteras establecidas por la ONU.

Pero Israel tiene otro plan. Como gendarme, su primer objetivo es acabar de una vez por todas con ese foco de problemas que es la franja de Gaza. Para ello no sólo inició una masacre contra el proletariado, sino que ha hecho el territorio inhabitable a través de su demolición, con la idea de empujar a los que quieran sobrevivir hacia el desierto egipcio, donde el control de ese foco de inestabilidad sería más eficiente para los guardianes del orden al involucrar directamente a ese otro Estado. Para simplificar las cosas y evitar la engorrosa negociación con Egipto, el ministro de Patrimonio Religioso y Cultural de Israel llegó a sugerir el lanzamiento de una bomba atómica sobre Gaza.

Respecto a Cisjordania, el objetivo tras el asedio de los focos subversivos como Jenin, es anexionar definitivamente ese territorio para colmar las necesidades expansionistas del sionismo y afianzar más aún la cohesión interna de su Estado, pero para ello es necesario expulsar a sus habitantes hacia

su territorio, incluido Beirut y regiones del norte. Los numerosos ataques diarios se saldaron con decenas de muertos cada día, incendio de casas y edificios, profundizando la devastación del territorio lo que ha obligado a un desplazamiento masivo de sus habitantes.

El avance de las tropas de Israel fue acompañado de respuestas de Hezbolá y algunos intercambios de hostilidades con Irán. Cuando escribimos este texto el bombardeo ha llegado a Siria mientras el ejército israelí extiende su dominio por los Altos del Golán, con el objetivo de controlar la situación en ese territorio tras la descomposición de su ejército. No hay duda de que la guerra imperialista tiende a avanzar en la región y de seguir desarrollándose irá sumando nuevos actores que se alinearán en alguno de los bloques que se están definiendo.

Es obvio que es en torno a Israel e Irán sobre los que se ha articulado históricamente la rivalidad imperialista en la región y sobre ellos giran los frentes en consolidación. El Estado israelí estaría dispuesto a lanzarse a un enfrentamiento directo con Irán y

asegurar el control de ese territorio por su fracción, pero depende directamente de EE.UU., y secundariamente de Inglaterra y la U.E. para poder acometer semejante empresa. Pese a los discursos y contradicciones que expresan algunos de esos países, hasta el momento no hay nada que haga sospechar una disminución del sustento económico y militar, pero tampoco hay las garantías necesarias para acometer la empresa contra Irán. Sin embargo, Israel no ha dejado de tensar la cuerda con operaciones como la de los Beepers, la ofensiva en el Líbano, el ataque contra Haniyara en Teherán y el golpe contra la embajada iraní en Damasco.

No hay duda de que Israel elabora junto a EE.UU. la logística y las decisiones, recibiendo el necesario suministro de armamento y apoyo militar, como los escuadrones de combate movilizados por las numerosas bases norteamericanas en la región. Sin embargo, no habrá una gran ofensiva sobre ese Estado sin asegurarse un mayor consenso interno con las potencias occidentales.

Por su parte, Irán es cauteloso, de ahí que sus ataques directos, aunque no pueden ser calificados de simbólicos, han sido comedidos. Prefiere mantener indefinidamente una guerra de desgaste a través de



Jordania. La ANP, a través de las fuerzas policiales de Al Fatah, han colaborado estrechamente con las tropas israelíes en ese objetivo.

Sin embargo, los ojos de Israel miraron desde el principio mucho más allá de Palestina. Aprovechó la situación creada tras el 7 de octubre para desencadenar un infierno de destrucción que desearía llevar hasta sus últimas consecuencias y reconfigurar el mapa de Oriente Medio. Tras asentar su poder militar en Gaza y Cisjordania, las tropas israelíes prosiguieron en el sur del Líbano, extendiendo sus ataques a todo

intermediarios. Hamás y Hezbolá, así como otros Estados del llamado “eje de la resistencia”, pese a que poseen sus propios intereses particulares, son piezas que Teherán utiliza en su partida contra Israel. Esa guerra de desgaste ha permitido precisamente dar sustento durante décadas a su gobierno frente a sus proletarios, presentándose a sí mismo como una fuerza “antiimperialista”. De ahí su interés en mantener el equilibrio actual.

Otras fuerzas capitalistas internacionales como China y Rusia, pese a que sus intereses generales se alinean tras Irán, se han mantenido expectantes. Al igual que Turquía, Arabia Saudí o Egipto que, independientemente de lo que declaren, no se descantarán claramente salvo escalada del conflicto. Lo que muestra que el alineamiento imperialista todavía no es lo suficientemente estable.

Independientemente de las treguas acordadas en las hostilidades, la brutal guerra de gendarmería ha conseguido desplazar la lucha proletaria en los lugares que sufrían su ascenso y traer la pelea entre los mercaderes de la explotación al primer plano, arrastrando a grandes sectores de explotados a alinearse bajo los frentes que construyen sus enemigos, lo que inevitablemente dirige al proletariado hacia la tumba.

Por consiguiente, más allá del desarrollo de la rivalidad imperialista y los intereses particulares en juego, es el conjunto de la burguesía quien obtiene el beneficio principal al someter y masacrar al proletariado en su guerra. El desarrollo actual ha conducido al proletariado a abandonar su combate de clase, la lucha contra “su propia” burguesía y sufrir sobre sus espaldas la catástrofe de la guerra.

## Algunas respuestas relevantes del proletariado

El éxito de la burguesía en su lucha contra el proletariado siempre es interino. La dinámica de explotación capitalista hace renacer insistentemente al proletariado de sus cenizas, especialmente en los momentos de guerra imperialista. La historia nos enseña cientos de ejemplos donde los explotados se masacran enfundados en las banderas nacionales de la burguesía. Pero también nos muestra un buen puñado de experiencias donde en las situaciones más graves, en las condiciones más insoportables

de guerra imperialista, bajo el sufrimiento innato de la carne de cañón, irrumpen actos desesperados que prenden la chispa para el resurgimiento del proletariado como fuerza social.

Como siempre, **la correlación internacional de fuerzas determina la respuesta del proletariado mundial**, pero al mismo tiempo esta correlación de fuerzas varía por la acción misma a la que se ve arrojado el proletariado por el empeoramiento de sus condiciones materiales de vida. En ese sentido, nuestra clase ha generado reacciones al horror de la guerra imperialista en Oriente Medio, no sólo en los lugares que han sufrido directamente la tragedia, sino en el resto del mundo.

En Gaza, Cisjordania, Jerusalén Este, Líbano o Jordania, se han realizado protestas y huelgas coordinadas denunciando la masacre imperialista y la hambruna planificada. En esos episodios hay que destacar que, en Gaza, pese a las dificultades que presenta la situación, se han sucedido diversas jornadas de protestas contra Hamás, especialmente en



la localidad de Rafah, que en caso de generalizarse pueden abrir una brecha en el encuadramiento interburgués.

En el resto del mundo, la reacción del proletariado se ha articulado en torno a manifestaciones y protestas por numerosos países, especialmente el movimiento surgido desde América del Norte y Europa, con movilizaciones en los campus. También se han registrado algunos episodios de trabajadores en Europa negándose a cargar material bélico para Israel, marchas, y en algunas ocasiones algunos disturbios y actos de sabotaje. La responsabilidad del proletariado que vive en estas regiones es enorme y su respuesta fundamental. Sin embargo, pese a la relevancia de dichas reacciones, las mismas siguen

siendo marginales y **no han adquirido por el momento una fuerza social relevante que dirija una acción decidida contra “su propio” Estado, contra “su propia” burguesía, que asiente las bases del derrotismo revolucionario.** La queja, el lamento, el simbolismo, las peticiones a los Estados, la “solución de los dos Estados” y la creencia en la diplomacia internacional dominan las propias movilizaciones, restringiendo su propio accionar. Lo que permite que fuerzas históricas de la socialdemocracia (izquierdismo “antiimperialista”) tomen la dirección de las mismas. Pero no dudamos que las contradicciones sociales seguirán agudizándose por el horizonte negro que extiende el capitalismo favoreciendo la ruptura de la paz social en esos lugares y la delimitación con esas fuerzas del enemigo.

El propio Estado de Israel, cuya cohesión excepcional se ha conformado y confirmado históricamente en la particularidad específica del Estado sionista, con una complicidad de sus proletarios pocas veces vista en la historia del capitalismo, ha visto como el horror en curso ha destapado las contradicciones. Si bien siempre han existido focos de oposición a la unidad nacional, como los refuzniks y los objetores, que se niegan a servir al ejército, o algunas organizaciones de madres que rechazan el reclutamiento de sus hijos, lo cierto es que estas expresiones siempre han sido marginales. Sólo los momentos de repunte de la lucha del proletariado en Palestina ha agudizado los antagonismos, poniendo a la orden del día la práctica del derrotismo revolucionario, produciendo problemas de disciplina en el ejército, como en la llamada primera intifada.

El despliegue actual de tropas y el incremento del horror de la guerra no ha sido una excepción. Algunos datos apuntan que la cohesión nacional, tan imprescindible en ese Estado, comienza a tener ciertos reveses. Por un lado, ha habido un destacado aumento del absentismo y las deserciones en el ejército. El primer mes de movilización tras el ataque de Hamás registró 2000 desertores, lo que obligó a ese Estado a endurecer la legislación. El jefe del ejército israelí, Herzi Halevi, expresaba su preocupación: “Si

no somos un ejército fuerte y con cohesión, si los mejores no sirven en las fuerzas armadas, ya no podremos existir como país en la región”. A finales de noviembre de 2024, lejos de frenarse esta tendencia, la misma siguió adquiriendo cifras preocupantes, con una creciente renuencia entre los reservistas a regresar al horror del frente<sup>8</sup>. De ahí que el Estado se viera obligado, ya en agosto de 2024, a llamar a filas a los “haredim”, judíos ultraortodoxos que estaban exentos del servicio militar obligatorio. Algo totalmente insuficiente como lo demuestra la medida excepcional para el racismo sionista de comenzar a reclutar masivamente a *Falashas (judíos de Etiopía)*.

También se han sucedido protestas y manifestaciones contra la guerra, exigiendo el cese de las operaciones militares. En los últimos meses han surgido cortes de carretera y se han organizado pequeños grupos que se han infiltrado en Gaza y Cisjordania para actuar como “escudos humanos” generando obstáculos a las ofensivas israelíes. Incluso algunos grupos de familiares de los rehenes han impulsado manifestaciones contra la guerra. Al mismo tiempo, la emigración, en un Estado que forja su unidad y fortaleza en la inmigración de ciudadanos de origen judío, repuntó el año 2024 hasta llegar a los 40.000 ciudadanos, con más de un millón de visados registrados en el extranjero.

Es cierto que estas reacciones contienen grandes contradicciones, son limitadas y poseen un fuerte peso ciudadano que por lo general no denuncia la esencia sionista del Estado israelí. Pero eso no niega que **la cohesión interna del Estado de Israel no se encuentra en su mejor momento**, lo que sin duda está siendo un factor de retención en su avance militar. Si tras el ataque del 7 de octubre esa cohesión parecía total, el horror de la guerra está creando fisuras al interior de su ejército y de sus proletarios, esos que hasta ahora elogiaban y practicaban la *caza al palestino*. Aún no hemos llegado al extremo de ver a soldados israelíes apuntando sus armas contra sus propios oficiales, pero asistimos al punto en el que la negativa a formar filas comienza a amenazar su estabilidad, lo que no es ni mucho menos anecdó-

8 Evidentemente se han ocultado las cifras y es muy difícil por el momento encontrar datos claros. Yedioth Ahro-noth, el periódico israelí con mayor difusión ha informado que “uno de cada tres ciudadanos [no árabes] que deben alistarse no llegó al servicio militar, el 15 por ciento abandonó su servicio y no entró en la reserva. El número de beneficiarios de exenciones médicas y de salud mental aumentó del 4% al 8% antes del alistamiento...” Al mismo tiempo, grupos como Yesh Gvul (Hay un límite) o Refuse ([www.refuser.org](http://www.refuser.org)) han publicado numerosos testimonios e información sobre el rechazo a la movilización actual como cartas desde la prisión, deserciones sobre el terreno y textos de desertores.

tico en un ejército que hasta hace poco era el más cohesionado y disciplinado del planeta.

## Esbozo de perspectivas

Es evidente que las reacciones frente a la masacre del capital, como las que hemos expuesto en el apartado anterior, son incapaces de girar el rumbo de los acontecimientos, al menos por el momento. También es cierto que el agravamiento mundial de la catástrofe capitalista a lo largo del planeta exacerba los antagonismos de clase y resquebraja los mecanismos que amortiguan las reacciones de los explotados. **En la espiral de guerra en la que se sumerge el mundo cada clase se ve empujada a actuar conforme a sus propias necesidades materiales.** Puede que mañana la burguesía plantee una tregua en la masacre en Oriente Medio como consecuencia de las negociaciones burguesas abiertas hace meses, o por la pérdida de cohesión del Estado de Israel, o por las respuestas del proletariado, o simplemente porque la carnicería y devastación que ha conseguido materializar sean suficientes para el objetivo de *cambiar la faz* de Medio Oriente, incluso por todos estos factores combinados, sin embargo, las dificultades actuales de valorización exigen a la burguesía más guerra, más destrucción, más explotación y más exterminio como único camino para seguir reproduciendo esta sociedad y su propia existencia como clase dominante. Esa es su única perspectiva para Oriente Medio y el mundo<sup>9</sup>.

La burguesía prepara a través de la guerra y de los tratados de paz confrontaciones cada vez más devastadoras. Sólo a través de la destrucción, de la masacre sistemática y de los sucesivos esfuerzos de guerra, puede esa clase abordar los problemas de desvalorización que atenazan a la tasa de ganancia. O lo que es lo mismo, **es a través de la guerra contra el proletariado, sumergiendo su existencia a la catástrofe de esta sociedad como puede seguir funcionando la misma.**

Esta perspectiva va ligada a la capacidad de someter al proletariado a la misma, de atraer a los proletarios a la defensa de la nación, de los Estados, del pueblo. Por lo menos a una gran parte de ellos. Sin esa premisa la guerra imperialista no puede cristalizarse, pues evidentemente no son los

burgueses los que van a matarse en el campo de batalla. Hasta la guerra de gendarmería, en la que el ejército de un país se moviliza para reimponer el orden social en otro país, precisa importantes niveles de complicidad por parte de los proletarios que viven en el país movilizado y en otras potencias capitalistas del mundo. El ejemplo del Estado de Israel en relación con las luchas en los territorios ocupados y colindantes es desgarrador.

La complicidad y el sometimiento del proletariado es el resultado de una correlación objetiva de fuerzas existentes que integra la estructuración y la conciencia de dos fuerzas contrapuestas. El proceso de reproducción social fomenta un conjunto de ideologías que la burguesía trata de asentar en el seno del proletariado, lo que permite su negación como clase, como fuerza antagónica, y su adhesión a alguna de las fracciones burguesas. Llegado a cierto punto esa adhesión permite no sólo conducirlo al matadero de la guerra imperialista sino ser un agente activo en la represión de las luchas de su propia clase. De ahí la importancia histórica de las ideologías como fuerza material de la relación social capitalista para inclinar la correlación de fuerzas hacia el lado de la burguesía. Algo que sufrimos cotidianamente.

En cualquier caso, en esta cuestión de la complicidad, el proletariado no es un simple objeto manipulado, víctima de la omnipotencia del capital, sino que **el proletariado tiene su cuota de responsabilidad** en una situación que se instala y persiste. Frente a las visiones del materialismo vulgar que establecen categorías y transforman la materia en inerte, es necesario resaltar esta realidad para no perder de vista la responsabilidad del proletariado en el proceso de su propia negación como fuerza revolucionaria, en su integración a la contrarrevolución.

Dicho esto, si el apoyo al sionismo o a otros gendarmes, con EE.UU a la cabeza, es evidentemente una defensa de los intereses del capitalismo mundial, no es menos cierto que los que hoy claman por una “Palestina libre”, y defienden una guerra contra el Estado de Israel sustentados en la lógica de los Estados árabes, o los que hacen llamados a una nueva y criminal paz entre Estados que prepara el terreno para años de sometimiento y austeridad o para una nueva sangría, se adhieren al esfuerzo de guerra que la burguesía desarrolla contra el proletariado

<sup>9</sup> Mientras revisábamos el texto para su publicación se publicita una tregua acordada entre Hamás y el Estado israelí en Gaza a la par que el ejército israelí intensifica sus operaciones en Cisjordania.

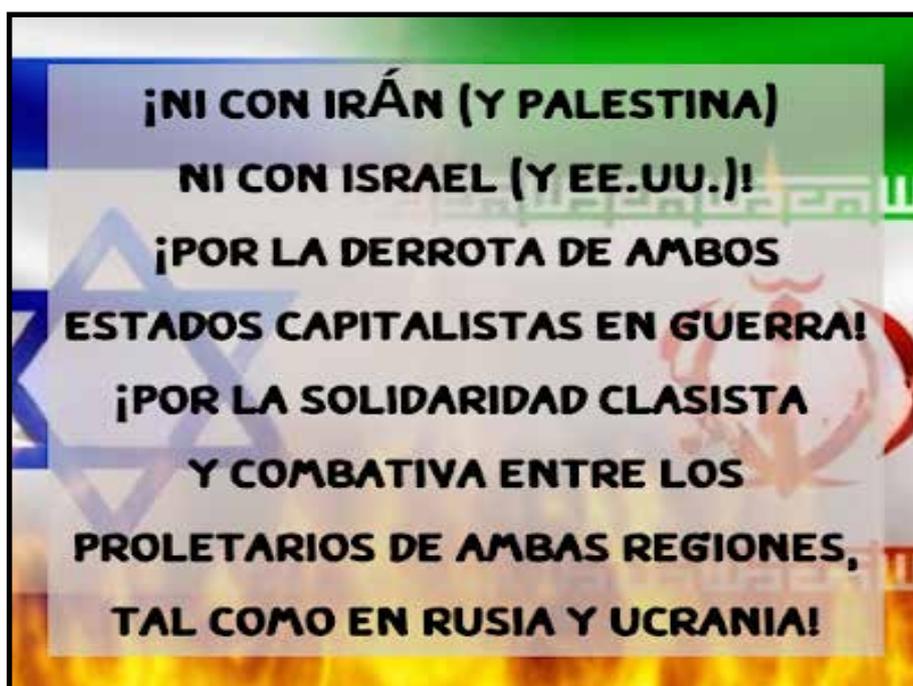
mundial. Sometidos a diferentes ideologías (nacionalismo, liberación nacional, “antiimperialismo”, “anticolonialismo”, mal menor...) esas prácticas sirven para mantener al proletariado atado a sus condiciones de explotación e integrarlo en una política de complicidad con fracciones capitalistas. Bajo la identidad israelí, palestina, musulmana, judía, bajo las etiquetas de “antiimperialista”, progresista, “anticolonialista” ... se reproduce de manera velada nuestra condición de explotados y se nos conduce a matarnos entre nosotros.

Frente a esta perspectiva de guerra, la perspectiva revolucionaria del proletariado existe como práctica de contraposición, de negación de la guerra y la paz capitalista e, inevitablemente, como negación del capital, lo que implica enfrentarse a las ideologías y fuerzas que debilitan esta negación. Es cierto que, como dijimos arriba, esa perspectiva es todavía débil, en parte porque en muchas ocasiones no se rompe las cadenas ideológicas del capital. Pero el sacrificio, los golpes y el horror en el que continuará inmersa nuestra clase constituyen elementos de extensión y fortificación de la pelea, de debilitamiento de los factores que sostienen las ideologías, algo que podemos ver en algunos ejemplos de resistencia a la guerra en Ucrania.

En esta coyuntura mundial, las minorías revolucionarias no son cronistas que anuncian el desarrollo de

los antagonismos, que esperan pacientemente desde el exterior de los acontecimientos las “condiciones favorables”, ni iluminados que intervienen, también desde una exterioridad del movimiento, para alumbrar en la oscuridad. Son, por el contrario, una parte activa de la perspectiva proletaria, un momento de la misma que actúa voluntaria y consciente por su desenlace.

Es en ese lugar donde nos reconocemos junto con grupos y militantes revolucionarios en la pelea contra los límites que nos aprisionan, como parte del proceso de su superación, de la ruptura revolucionaria, asumiendo la defensa intransigente de la perspectiva comunista, independientemente de los resultados inmediatos. No hay posibilidad de desarrollo de la revolución sin la organización y centralización internacional de la práctica social de ruptura con las condiciones existentes, de la pelea contra los límites e ideologías que nos debilitan, de la denuncia de todas las fracciones burguesas, de la lucha contra “nuestra propia” burguesía en las distintas partes del mundo. En Palestina, en Oriente Medio, en Ucrania, en Yemen... y en cada lugar del planeta, nuestra comunidad de lucha nos empuja a afirmarnos como fuerza unitaria para la destrucción del capitalismo.



## ¡NI CON IRÁN (Y PALESTINA) NI CON ISRAEL (Y EE.UU.)! ¡POR LA DERROTA DE AMBOS ESTADOS CAPITALISTAS EN GUERRA! ¡POR LA SOLIDARIDAD CLASISTA Y COMBATIVA ENTRE LOS PROLETARIOS DE AMBAS REGIONES, TAL COMO EN RUSIA Y UCRANIA!

Estas consignas expresan hoy la posición invariante de los comunistas internacionalistas frente a esta y a toda guerra capitalista: el *derrotismo revolucionario* y el *internacionalismo proletario*. ¿Por qué?:

- 1 Porque la guerra capitalista siempre se hace contra el proletariado: en este caso, si hoy el Estado burgués de Irán está atacando el territorio dominado por el Estado burgués de Israel es, sobre todo, para someter al combativo proletariado de la propia región iraní; más precisamente, para justificar la represión sobre sus luchas contra la explotación (p. ej. en el sector petrolero y de la salud) y llevarlo al matadero de la guerra “en defensa de la patria”. Lo mismo aplica contra el proletariado de la región israelí que se rehúsa a ir a la guerra de sus patrones asesinos y matar a sus hermanos de clase al otro lado de la frontera (los llamados *refuseniks*); y, contra el proletariado de la región palestina que protesta contra el gobierno burgués, hambreador y represivo de la Autoridad Nacional Palestina y Hamás. En fin, en toda guerra capitalista los únicos ganadores son los burgueses y los únicos perdedores son los proletarios de cualquier país, ya que en realidad este no es un conflicto de naciones, sino un conflicto de clases llevado al plano internacional.
- 2 Porque los Estados hacen la guerra para acumular más capital, territorio y poder: en este caso, si hoy el Estado de la burguesía ayatola de Irán (socia de China) y el Estado de la burguesía sionista de Israel (socia de EE.UU.) se están disputando militar y políticamente el territorio dominado por su subordinada, la burguesía islamista de Palestina (y de Líbano), es por el control de la fuerza de trabajo, petróleo y gas, centros industriales, puertos, etc. de toda esa zona geográfica del mercado mundial llamada Medio Oriente. También hacen la guerra como válvula de escape para la crisis capitalista o la caída de la tasa de ganancia y la desvalorización mundial, reactivando la industria y el comercio de armas, repartiendo e invirtiendo el plusvalor extraído a los trabajadores. Tal es el motor económico de toda guerra imperialista. Y esta guerra no es la excepción, con el agravante de que podría convertirse en una guerra nuclear de gran escala.
- 3 Porque estar a favor de uno u otro Estado capitalista en guerra es caer en la trampa de los falsos bandos, el nacionalismo, el sentimentalismo, la confusión y el oportunismo. Trampa promovida por los medios de desinformación masiva que, para colmo, han hecho de la guerra algo “normal” y hasta un distractor de otras catástrofes cotidianas. Es caer en el terreno de la burguesía y la socialdemocracia. Es una posición antiproletaria y contrarrevolucionaria que debe ser denunciada y combatida como tal, sobre todo contra las variopintas izquierdas del Capital. El “antiimperialismo” y la “liberación nacional” en realidad siempre han sido apéndices de la guerra imperialista y el capitalismo de Estado (mal llamado “comunismo”). Por el contrario, los proletarios no tenemos patria y los comunistas siempre luchamos por los intereses de nuestra clase mundial en contra y más allá de los intereses de cualquier Estado, nación, “pueblo”, religión, etc.
- 4 Porque bajo el capitalismo no existe “guerra justa” ni “guerra santa” entre naciones. La única “guerra justa” que puede existir es la *guerra de clases global* para abolir el capitalismo, la guerra y la sociedad de clases misma; esto es, *transformar la guerra imperialista en revolución comunista internacional*. Evidentemente, faltan muchos desastres, guerras, revueltas e insurrecciones para llegar a ese punto de no-retorno. Mas no por ello es menos verdadero ni necesario en esta época de catástrofe económica, social, ecológica y, para colmo, amenaza inminente de guerra nuclear. Por lo tanto, *Comunismo o Extinción*.
- 5 Porque, a pesar de la contrarrevolución mundial que todavía reina, mantener con intransigencia la posición de *derrotismo revolucionario* e *internacionalismo proletario* resulta una práctica necesaria, defensiva y clarificadora tanto frente al terrorismo de los Estados capitalistas en guerra como frente al oportunismo confusionista de las izquierdas del Capital que los apoyan. Una práctica defensiva hasta que el proletariado mundial esté en condiciones de pasar a la ofensiva revolucionaria y mandar a todos los Estados, los mercados, las patrias, las guerras y las clases al basurero de la historia. Los proletarios con y sin uniforme de las regiones rusa y ucraniana que hoy vuelven sus armas contra sus jefes militares, que desertan de “sus propios” ejércitos, que protestan contra “sus propios” Estados y que organizan redes internacionalistas de solidaridad con los desertores, son el ejemplo concreto y actual de derrotismo revolucionario. El ejemplo a seguir por los proletarios de Medio Oriente y otras regiones del planeta azotadas por la guerra.

## PALESTINA. UNA HISTORIA DE MISERIA, MASACRES Y SUBLEVACIONES

«Pero cuando en Gaza, en Cisjordania, en el Líbano o en otras partes, cuando en los campos de concentración en los que tan “generosamente” han amontonado a los llamados “refugiados palestinos” (que en realidad se trata de parias venidos de Palestina, Siria, Irak,... Afganistán o incluso Pakistán), el grito de lucha se hace incontenible, cuando la sublevación contra las espantosas condiciones de vida que le son impuestas se hace mundialmente inocultable, de lo que se trata no es ni más ni menos que de la vieja lucha de clases, de una clase que si bien ahí la condición de proletaria es aún más exacerbada (apátrida, sin ninguna otra cosa que su pellejo para vender, etc.) es exactamente la misma clase mundial que se encuentra en todos los campos de concentración del mundo capitalista, desde los campos de la muerte, las prisiones, los establos denominados tan pomposamente “hogares para trabajadores inmigrados”, como las favelas, las villas miserias, las barriadas,... o más simplemente esas prisiones del trabajo denominadas: fábrica, minas, empresas».<sup>1</sup>

GCI. Revista *Comunismo* 24 (Marzo 1988)

La rica tradición de lucha de esa porción del planeta denominada Palestina está arraigada en el proceso de proletarización iniciado en el siglo XVI bajo el imperio otomano, auténtica fuerza imperialista y polo de acumulación de capital en la región de Oriente Medio. El desarrollo histórico capitalista provocó capas cada vez más amplias de la población desposeídas, deportadas, expulsadas, encerradas en campos bajo el control militar permanente, cuando no eran simplemente masacradas.

No es nuestro objetivo repasar las numerosas luchas que se enfrentaron a ese proceso, que evidentemente tienen una continuidad histórica con las actuales, tampoco hacer un balance profundo de las mismas, sino que para el propósito del presente texto -reconocer nuestras propias luchas y los procesos de encuadramiento- nos conformamos con una breve

incursión en los dos grandes levantamientos acontecidos desde la instauración del Estado israelí, así como de los procesos de encuadramiento y pacificación que implementó la burguesía para someter nuestras luchas.

Como el lector comprobará, **nos alejamos de las poderosas versiones nacionales de la historia que representan el sionismo y el nacionalismo palestino**. Pese a que son dos versiones distintas de la historia nacional de ese territorio, ambas tienen ejes comunes que las vertebran y es predominante en toda historiografía burguesa<sup>2</sup>. El primer eje se basa en una concepción suprahistórica de la nación a la que se subsumen los acontecimientos históricos para construir la identidad nacional. El segundo es el carácter civilizador (capitalista) sobre el que se articula esa nación. Desde el punto de vista sionista la nación israelí se concibe como una “civilización occidental en lucha contra salvajes árabes”. El punto de vista del nacionalismo palestino en su “forma de oposición a la civilización occidental” se basa en concepciones y prácticas que emanan de esa misma civilización, como los son la autodeterminación y el derecho. En el fondo se trata de una reescritura de la historia por la clase dominante para enterrar la historia de lucha de los explotados y oprimidos, para extirpar la perspectiva revolucionaria y someterlos a la unidad nacional, para domarlos y asumir la administración de su explotación, arrastrándolos, si es necesario, a matarse por intereses ajenos a los suyos en la guerra imperialista que libran los amos del mundo.

Las brutales condiciones de vida del proletariado en esa parcela del planeta han generado una rica tradición de lucha contra el Estado, mientras, al mismo tiempo, el capitalismo mundial ha desplegado una serie de agentes para reprimir, canalizar y gestionar ese foco de desestabilización social e integrarlo en los circuitos del mercado internacional. Por lo general, la clase dominante busca solapar esa historia de luchas bajo las banderas nacionales

1 Artículo “Cisjordania, Gaza Jerusalen... La burguesía prepara en respuesta a la lucha del proletariado la masacre”

2 No trataremos aquí las posiciones que consideran que las formas de producción en Oriente Medio y Asia eran predominantemente feudalistas hasta el siglo XX. Solo diremos de pasada que es la visión dominante de la socialdemocracia desde su origen y tiene su base en una concepción eurocentrista y obrerista del capitalismo, así como una comprensión nacional del desarrollo del capital.

de la burguesía, que desdibujan, antes que nada, las contradicciones de clase que se dan sobre el terreno. Se escamotea lo fundamental, la relación directa de explotación, la dinámica antitética que genera y las formas de gestión que aquella precisa para desenvolverse.

El contenido comunista de la lucha generada en el área geográfica denominada Palestina ha sido constantemente ninguneado bajo los filtros mediadores de la burguesía. Su constante asimilación a la lucha por el mito de la liberación nacional y el anhelo de un Estado palestino, o la defensa del islam frente al judaísmo, han servido de cordón sanitario para dificultar que el proletariado mundial se reapropie de su propia lucha.

Eso no quiere decir que esas fuerzas sociales sean un mero invento creado de la nada y no existan sobre el terreno. Al contrario, esas fuerzas son bien reales y representan un baluarte de nuestros enemigos para aplastarnos. El combate de nuestra clase viene impregnado siempre por las ideologías dominantes del medio en el que surge, pero no es en base a esas ideologías o en base a lo que piensan los protagonistas como nos reconocemos en nuestras luchas, sino en base a la práctica real que se materializa en la superficie, independiente de las banderas. Lo que no resta importancia al efecto real que contienen esas banderas e ideologías como límites que asfixian nuestra pelea, como concreciones de una dinámica social que influye en las clases sociales. Sin embargo, siempre ha sido así, y sólo el desarrollo de las contradicciones y el enfrentamiento (teniendo en cuenta la correlación internacional de fuerzas) contiene la posibilidad de socavar esas ideologías.

Por consiguiente, todo análisis histórico de las luchas en Palestina que no ponga en el centro del mismo el antagonismo de clases, está condenado, lo quieran o no sus autores, a encerrarse en el callejón sin salida de las contradicciones interburguesas y servir a la dictadura de la tasa de ganancia. Nuestro punto de partida no es pues

el pueblo palestino, esa abstracción -totalmente real- que borra las contradicciones de clase, ni los grandes comerciantes palestino, ni las autoridades que se lucran con el tráfico de cemento, ni la policía palestina que apalea a los rebeldes, etc., sino el proletariado que vive en el territorio denominado Palestina. Lo mismo podemos decir respecto al pueblo judío. Partimos del proletariado que vive en esos territorios, de la defensa de sus intereses materiales, lo que nos sitúa directamente en la lucha del proletariado en la región contra su explotación, contra sus explotadores, contra su Estado, atravesando las banderas ideológicas que nublan el movimiento real.

Eso no quiere decir que seamos partícipes de la complicidad del proletariado “judío” con “su” Estado, con “su” ejército. Ni que restemos un ápice de la responsabilidad que tiene ese proletariado en la represión. Precisamente esa cohesión nacional e integración del proletariado bajo el sionismo judío cimienta los niveles inauditos de represión de ese Estado gendarme y da la iniciativa de la lucha al proletariado en Palestina. La “famosa” confraternización pasa inevitablemente por el desarrollo de la lucha del proletariado en Palestina contra “su propio” Estado, en su ataque a los milicos, a los represores directos que se personifican como esbirros de Israel, que dicta además las formas de gestión de su explotación y la participación de “subcontratistas” como la ANP y Hamás. **Es en la lucha proletaria contra el ejército de ocupación y sus colaboradores desde donde puede articularse la descomposición de ese ejército y los inicios reales de confraternización.** Fuera de



ese contexto se entra de lleno en el terreno del idealismo y el desconocimiento absoluto de lo que representa el Estado de Israel y sus fuerzas represivas.

En los análisis dominantes sobre Palestina ni

la burguesía ni el proletariado aparecen como lo que son, es decir, como fuerzas vivas que personifican la contradicción fundamental entre la dictadura del valor y la dictadura de las necesidades humanas. Esta contradicción, presente en los diversos ámbi-

tos sociales, desde el sonido de la alarma para ir a trabajar hasta la guerra en las trincheras, se expresa en una relación de clases que está determinada por la misma exacerbación de esa contradicción, germen de su propia superación. El proletariado es la materia social de la que surgirá la revolución, el portador del proyecto comunista por el rol que le imponen dictatorialmente las necesidades de valorización y el vínculo de su interés “egoísta” inmediato con el interés superior de toda la humanidad de liberarse de la dictadura del capital para la satisfacción de sus necesidades<sup>3</sup>. Lejos de ser una construcción metafísica inyectada desde el exterior a la “cuestión palestina”, esta realidad contradictoria constituye el verdadero meollo de lo que sucede en esa zona del planeta.

## Nacimiento del Estado de Israel

La historia del nacimiento del Estado de Israel no está exenta de mitos y falsificaciones. La historiografía sionista dominante esconde precisamente el proceso de afirmación de ese Estado como gendarme del capitalismo mundial en Oriente Medio. La denuncia y persecución como antisemita de cualquier cuestionamiento de esa historiografía es implacable. No profundizaremos en ello, sólo señalaremos que la repartición por parte de la ONU de Palestina entre judíos y árabes, así como las justificaciones sobre las que se fue afianzando ese Estado tras finalizar la llamada segunda guerra mundial, fueron una mascarada. La única realidad es que el ejército británico, tras evidentes pruebas de que su papel estaba caduco, fundamentalmente tras la revuelta proletaria de 1936, cedió su rol de gendarme en 1948 a la *Haganá*, una organización militar que promovía el programa sionista del Es-

tado judío en Israel y defendía los asentamientos que este programa efectuaba<sup>4</sup>. Esta fuerza militar, ya había mostrado su eficacia en el mantenimiento del orden en la región y era la prefiguración del futuro ejército israelí.

Antes de abandonar Palestina, el ejército británico instruyó a la Haganá durante el aplastamiento del levantamiento de 1936 (Los Notrim y las Escuadras Nocturnas Especiales fueron cuerpos de la Haganá curtidos en la colaboración represiva con los milicos británicos): más de cinco mil insurgentes muertos, cerca de 10.000 encerrados en campos de concentración, incontables deportados, torturas, violaciones y unas 2000 casas demolidas. El aplastamiento de la revuelta fue un adelanto de lo que sucedió en 1948, cuando la Haganá, tras la partida del ejército británico, se constituyó oficialmente en el ejército de Israel y reorganizó el Estado en Palestina en torno él.

Cuando la partición de Palestina se aprobó en la ONU, los que pasaron a denominarse israelí ya habían desplegado militarmente su poder y preparado un plan de terror, exterminio y aplastamiento de cualquier resistencia, contemplando sólo una partición acorde a las necesidades del Estado naciente. El Plan Dalet, ejecutado en marzo de 1948 por el Alto comando de la Haganá, fue la ejecución de un proyecto terrorista para reorganizar el territorio palestino. No sólo consistió en una expulsión masiva de la población que no era judía, sino que encerraba una masacre planificada. De marzo a septiembre de 1948 más de quinientas aldeas fueron destruidas y una docena de importantes barrios urbanos totalmente desalojados. Las masacres, violaciones, así como el encarcelamiento masivo en campos de concentración para obligar a trabajar a numerosos proletarios con edad superior a 10 años, generaron también una huida masiva de proletarios<sup>5</sup>.

3 La esencia humana que contiene el proletariado viene dada precisamente por esta cuestión y no por un humanismo idealista. Por primera vez en la historia los intereses particulares de una clase social son la manifestación de los intereses generales de la humanidad. El proletariado está determinado por sus propias condiciones de reproducción a negar todas las clases, incluyéndose a sí mismo, y por tanto es la primera clase explotada de la historia que reúne las condiciones para la realización del comunismo como proyecto válido para toda la humanidad, como proyecto universal de afirmación de la comunidad humana.

4 Desde mucho tiempo atrás fuertes sumas de capital internacional, administradas principalmente bajo el Banco Anglo-Palestino y el Fondo Nacional Judío, financiaron el asentamiento y la inmigración judía en Palestina como forma de llevar a cabo el proyecto sionista.

5 El término Nakba (catástrofe) es un término utilizado para definir esos acontecimientos por parte de muchos de los que sufrieron en sus carnes ese brutal proceso de masacre y expoliación. Sin embargo, el término siempre creó desavenencias, pues no hace referencia alguna a quién o qué está detrás de la catástrofe. Para nosotros es claro que es una *nakba capitalista*, la nakba capitalista en palestina. La misma es expresión en ese territorio de las necesidades de reproducción de esta sociedad.

La guerra “arabe-israelí” de 1948-1949 fue, como todas las guerras interburguesas, una guerra contra el proletariado. En esa confrontación armada se ejecutó la masacre planificada contra el proletariado de la región. La derrota que infringió el Estado de Israel de forma tan fácil a los siete ejércitos que marcharon hacia Palestina desde Egipto, Arabia Saudí, Iraq, Siria, Yemen, Transjordania y Líbano no se explica simplemente por la superioridad técnica y militar del primero, sino porque los Estados árabes ya habían aceptado esta reorganización territorial<sup>6</sup>, así como las consecuencias que suponían para los habitantes de esas zonas.

Por supuesto que ni siquiera hicieron grandes esfuerzos por defender a las localidades brutalmente atacadas. Su actuación sirvió ante todo para escenificar una opereta de oposición y evitar el descontento de sus propios proletarios. En algún caso también sirvió para anexionar algún territorio palestino. Lo que está fuera de toda duda es que bajo esa guerra se exterminó y expulsó masivamente al proletariado de origen árabe. Salvo Siria y Transjordania, los demás ejércitos fueron meras expediciones militares sin apenas coordinación y plan de conjunto -lo que no quiere decir que en la misma no se usara de carne de cañón a proletarios-. Hoy sabemos también con detalle lo que era una evidencia: el Estado de Transjordania e Israel ya habían pactado previamente el reparto del territorio. Al término de la guerra, Transjordania anexionó una parte árabe de la partición de Palestina (Cisjordania), cambiando el nombre de su Estado por Jordania. También se dividieron la ciudad de Jerusalén pasando el sector este a manos de Jordania, mientras Israel ocupaba el oeste. 700.000 proletarios fueron obligados a exiliarse principalmente en Cisjordania, la franja de Gaza, Líbano, Siria y Jordania. La mayoría de esa marea humana fue percibida como una comunidad potencialmente subversiva -¡y lo era!- siendo encerrada en campos de refugiados donde su sufrimiento no dejó de prolongarse. El Estado jordano y libanés fueron especialmente coherentes en su política con

los refugiados, que eran supervisados y puestos bajo control militar.

Es evidente que entre los exiliados no todos eran proletarios, sino que había un pequeño sector de burgueses, como las conocidas familias Nashashibi, Husayni y Khalidis, que también se vieron obligados a emigrar. Claro que su exilio será mucho más confortable que el de los miserables campos de refugiados. La mayoría no sólo lograron abandonar Palestina antes de la ejecución del plan Dalet, sino que prosperaron en el exilio, asentando sus negocios financieros, territoriales y comerciales. Estos “notables palestinos”, como se les conoce comúnmente, serán los principales interesados en la constitución del “movimiento nacionalismo palestino” para la defensa de sus intereses económicos.

Los 150.000 proletarios de origen árabe que consiguieron permanecer al interior de las fronteras de Israel fueron expulsados de sus casas, controlados militarmente y marginados de toda injerencia en el Estado judío para proteger la cohesión interna del sionismo. La política de confiscación de tierras y creación de nuevos asentamientos judíos convirtió a aquella población en los *refugiados del interior*, soportando unas condiciones de vida que poco tenían que envidiar a la de los campos de refugiados.

No es difícil de llegar a la conclusión de por qué el proyecto histórico del sionismo de constituir un Estado judío en Palestina fue aceptado y desarrollado por las fracciones hegemónicas del capitalismo mundial. La particularidad del Estado sionista, cimentado en una fuerte cohesión interna, producida a través de una limpieza de sus habitantes y una selección restringida de los mismos por medio de una política de inmigración y asentamiento en áreas identificadas como vitales para la existencia misma de Israel, permite ejercer su delicada función internacional con el respaldo y consentimiento necesario de su población. Su propia constitución favorece minimizar el cuestionamiento interno de la implacable política terrorista de ese Estado, algo que pondría en peligro su rol de gendarme<sup>7</sup>. Esta particularidad del sionismo

6 El Estado sirio fue posiblemente, con la información de la que disponemos, el único de ellos que no aceptaba ese reparto.

7 Esto explica el sometimiento general del proletariado “judío”, su modesta contraposición histórica y la potencia que adquiere en ese territorio la unidad nacional. Con ello queremos insistir en cómo se amortiguan las contradicciones de clase internas y se materializa la complicidad de ese proletario. Pese a todo, las contradicciones de clase no pueden eliminarse por completo y tienden a desarrollarse de una forma u otra, aflorando de vez en cuando, o expresándose en minoritarios pero ejemplares rechazos al Estado, a través de objetores e insumisos al ejército, de acciones contra el “muro de la vergüenza”, etc.

es la que lo promocionó como un actor idóneo para defender los intereses de esas fracciones en Oriente Medio y ser el guardián del orden en la región con la complicidad de sus proletarios.

Así nació el Estado de Israel. **Mientras la historia oficial nos relata con íntimo detalle el exterminio que sufrieron los judíos a manos del Estado nacionalsocialista alemán, guarda un prudente silencio sobre el que organizó el naciente Estado judío contra el proletariado en Palestina.**



La guerra de los seis días de 1967 cerró el círculo dando la prueba indiscutible del poder militar de ese Estado, acabando con cualquier duda que pudiera existir en la bur-

guesía mundial sobre su capacidad en la región. Tras la misma, el Estado de Israel impuso una reorganización de los territorios para mejorar su posición en la región con un nuevo desplazamiento de población. A los territorios definidos en 1948 ocupó militarmente el resto de áreas de Palestina que se había repartido con Jordania (Cisjordania y Jerusalén Este), la franja de Gaza (que había sido ocupada por Egipto), los Altos del Golán de Siria y la península de Sinaí de Egipto. Lo que ha venido a denominarse como “territorios ocupados”.

30

## La primera intifada

La llamada primera intifada tomó por sorpresa al Estado israelí y muy especialmente a la Organización de Liberación de Palestina, la OLP. Ninguno de ellos había previsto las posibilidades de un levantamiento de esas dimensiones, capaz de poner en cuestión el orden en la región. Todo comenzó en el campo de refugiados de Jabala en respuesta al asesinato de cuatro trabajadores a manos del ejército israelí. Tras el entierro del día siguiente se atacó la comisaría de policía y a la llegada de los camiones militares los estudiantes se juntaron, los rodearon y comenzaron a tirarles piedras. Será el inicio de una las revueltas más largas e importantes de la región.

La intifada iniciada a finales de 1987, lejos de surgir de la nada, catalizaba los antagonismos sociales

agudizados durante dos décadas de estrangulamiento militar y enfrentamiento cotidiano contra los milicos israelíes, adoptando la forma de un levantamiento que se mantuvo con fuerza hasta finales de 1989, asumiendo la forma de protestas masivas, disturbios, huelgas, impago de impuestos, boicots, sabotajes y manifestaciones. La imagen de jovencísimos proletarios lanzando piedras a uno de los ejércitos más equipados del mundo se convirtió en un símbolo de lucha del proletariado mundial.

Si los niños tuvieron un papel transcendental en la intifada, no menos lo tuvieron las mujeres que tomaron su lugar en la confrontación al lado del resto de su clase. Ellas estuvieron presentes en todas las fases y aspectos de la sublevación: lanzamiento de piedras, organización de acciones, huelgas y sabotajes, dirección de los huertos comunitarios y de las redes de distribución de alimentos. Nada excepcional, pues es lo que sucede por lo general en la mayoría de las revueltas de los explotados. Su acción se funde con el resto del proletariado, manifestándose como un mismo ser, una misma comunidad de lucha. Si lo anotamos insistentemente en diversos materiales en los que abordamos las revueltas de nuestra clase, no es para hacer de ello algo específico, sino para contraponernos al ocultamiento sistemático, por parte de nuestros enemigos, de cómo la revuelta hace saltar en pedazos (evidentemente no sin contradicciones y obstáculos que sólo pueden resolverse en el desarrollo mismo de nuestra comunidad de lucha) el rol y las divisiones que impone el capital entre los explotados.

Por otro lado, como en la revuelta de 1936, la sublevación tuvo en el campo a su vector de vanguardia. Durante los primeros meses las acciones siguieron la misma metodología: apedreamiento de los milicos israelíes que eran expulsados de las aldeas, sabotaje de las rutas de acceso hacia Israel para dificultar el camino al trabajo desde los territorios ocupados y, por último, la organización de la resistencia ante el regreso de los milicos. La respuesta del ejército israelí para reocupar militarmente la aldea consistía en la gasificación lacrimógena y las cargas contra la población. No tardarían en aparecer las balas de acero recubiertas de goma.

El movimiento adquirió rápidamente presencia en todos los ámbitos de la vida, lo que provocó el surgimiento de estructuras organizativas como los llamados Comités Populares que se extendieron desde los campos de refugiados a los barrios, aldeas,

y ciudades de los territorios de Gaza y Cisjordania, asumiendo la organización de una amplia variedad de tareas: acciones y ataques al enemigo, calendario de huelgas, red de ocultamiento de perseguidos, apoyo a los encarcelados y sus familias, difusión de panfletos señalando objetivos a atacar, discusiones sobre la orientación de la lucha, creación de hueros y recursos básicos para consumo comunitario, organización de impago de impuestos<sup>8</sup>, enseñanza comunitaria...

Como cualquier órgano proletario surgido en esas condiciones, los Comités fueron atravesados por las contradicciones de clase, expresando una puja en su interior. Su carácter proletario venía marcado por el propio desarrollo del combate, definiendo los niveles de autonomía de nuestra clase. Un estudio detallado del movimiento puede comprobar que la sublevación se afirmó defendiendo intransigentemente



los intereses inmediatos de los proletarios en la totalidad de los territorios ocupados hasta que esos órganos empezaron a ser dirigidos por intereses ajenos a nuestra clase, hacia finales de 1988. Las organizaciones de nuestro enemigo se fueron imponiendo en la dirección de esos órganos hasta constituir el UNLU (Mando nacional Unificado)<sup>9</sup>, lo que supuso un salto cualitativo para cerrar la perspectiva revolucionaria. Desde entonces el movimiento empezó un lento camino descendente de la mano de la OLP.

El Estado de Israel respondió movilizando a 80.000 soldados y desarrollando espantosas operaciones. La FDI y el Shabak respondían a la intifada con detenciones masivas, torturas a los detenidos en los interrogatorios, palizas y humillaciones en las aldeas, asesinatos, confinamiento de aldeas que impedían

durante días toda entrada o salida de las mismas, demolición de casas, cortes del fluido eléctrico y del agua, construcción de vallas alrededor de los campos de refugiados, etc. Sin embargo, había cierta preocupación en el Estado de Israel por la actitud de sus soldados pues, aunque la revuelta de 1936 guardaba muchas similitudes, el ejército israelí nunca se había enfrentado como ejército autónomo a algo así, y se estaba jugando la estabilidad de Oriente Medio. Amram Mitzna, comandante del comando central israelí durante la intifada reconocía su intranquilidad:

*«Los niños, las mujeres y, por supuesto, los jóvenes, manifestaban el desafío a nuestras fuerzas con muchísima gente participando en esta algarada, este alarido, tirando piedras y a veces cócteles molotov. Nosotros no podíamos usar todo nuestro poder militar, pero tampoco podíamos dejar que*

*controlaran las principales carreteras de las ciudades o aldeas. El mayor reto era instruir a nuestros soldados para que supieran responder ante esta situación. [...] La mayoría de soldados no eran del ejército regular».*

Efectivamente, las contradicciones de clase se hicieron notar al interior del ejército israelí como producto de la fuerza de la intifada. Cientos de reservistas se negaron a servir en los territorios ocupados y se dieron deserciones en los centros de detención. Organizaciones como Yesh Gvul (Hay un límite), con ciertos niveles de tradición de lucha contra el reclutamiento en el ejército israelí, organizaron acciones colectivas de rechazo bajo la consigna: *“Nos negamos a participar en la represión*

8 Una consigna central sobre la que se organizó el impago de impuesto fue “nos negamos a dar dinero a Israel para construir un ejército más poderoso con el que oprimimos”.

9 Las principales organizaciones que acabaron dominando los Comités y configurando el UNLU fueron Fatah, el Frente Popular para la Liberación de Palestina, el Frente Democrático para la Liberación de Palestina y el Partido “Comunista” Palestino.

del levantamiento y la insurrección en los territorios ocupados”. En el seno de ese rechazo se desarrollaron expresiones que negaban cualquier tipo de servicio militar, base sobre la que se desarrollará años más tarde el movimiento de los *refuznik*. Este es el ejemplo de cómo se materializa el derrotismo revolucionario en Palestina, impulsado por la lucha del proletariado contra el ejército de ocupación, base sobre la que es posible su descomposición.

La preocupación del Estado de Israel con esta cuestión era evidente, tal y como relató el comandante arriba citado, y la necesidad del ministro de interior de lanzar un mensaje directo a los soldados:

«Yo entendí de inmediato que los soldados iban a interpretar el mensaje del ministro de defensa, Yitzhak Rabin, que le oyeron decir [por televisión y radio] como una conducta que no quería que tomaran [indecisión e insubordinación]. Tenía miedo, estaba preocupado. Los soldados estaban viendo la televisión y escuchando la radio. Y el canal de mando, en lugar de ir desde el ministro de defensa a jefes de personal, estos a comandantes, estos a líderes de batallón, estos a jefes de escuadra, hasta llegar a los soldados, asumió el canal de mando directamente desde la televisión a los soldados.»

32

La estremecedora frase de aliento a su ejército que se le adjudicó a Rabin de que había que “romper los huesos de los palestinos” acabó imponiéndose. El ejército pudo superar la amenaza de descomposición siendo inflexible con todo cuestionamiento, lo que permitió golpear brutalmente a la intifada<sup>10</sup>. Palizas, detenciones, torturas, asesinatos, demolición de viviendas deportaciones, etc. El balance represivo extraído de fuentes oficiales ofrece 1300 muertos, 120.000 heridos y 600.000 encarcelamientos.

Mientras el ejército israelí debilitó la intifada con el terror, la OLP se encargó de socavarla desde el interior. La burguesía internacional entendió que era imposible un retorno a la situación precedente, que la pacificación de la región requería plantear un nuevo escenario para domar la intifada. Ahí se enclava el patrocinio de la OLP por parte de EE.UU.

No se escatimó en apoyos financieros internacionales, estableciéndose una estrecha colaboración con la ONU. La tarea no fue fácil pues la intifada se había iniciado y desarrollado al margen de la OLP. Isaac Rabin reconocía que “*los disturbios reflejan la tensión que se está gestando en los territorios administrados durante 20 años y no son el resultado de los llamados de la OLP a la violencia*”. Recordemos que tanto Yasir Arafat como el resto de la cúpula dirigente se encontraban desde principios de los 80 exiliados en Túnez y habían menospreciado al movimiento, considerando que se desgastaría en pocos días, lo que no tardaría en ser refutado.

Para cuando la intifada cumplía su primer año, la influencia de este organismo seguía siendo testimonial. Sin embargo, el afianzamiento del UNLU como dirección formal de la intifada fue el puente que permitió a la OLP y su programa extender sus tentáculos por el movimiento y asumir su representación internacional<sup>11</sup>. Llegados a 1990, la OLP daba muestras suficientes de controlar la situación por lo que los acuerdos de paz contra el proletariado no se demoraron. Las negociaciones secretas entre el Estado israelí y la OLP se aceleraron. El noviazgo secreto acabaría en pocos años en una boda a bombo y platillo en el jardín del guardián del orden mundial. **La reproducción espectacular de la historia nos muestra que la intifada nacida en un campo de refugiados de Gaza terminó en un apretón de manos entre Rabin y Arafath en el jardín de la Casa Blanca.** De un polo de miseria y subversión al palacio del gendarme mundial. Resta sólo al historiador la misión de acomodar lo que aconteció entre esos dos episodios a su resultado final. ¡Así se reescribe la historia!

## Acuerdos de Oslo

Tras meses de negociaciones secretas y algunos eventos públicos para sondear reacciones como la Conferencia de Madrid, el 13 de septiembre de 1993, el primer ministro israelí Isaac Rabin y el líder de la OLP Yasser Arafat se estrecharon la mano en el jardín de la Casa Blanca, ante los aplausos y la

10 Esas fisuras llegaron al territorio productivo en Israel donde se sucedieron algunas protestas. En lugares como Kadarim, algunos proletarios consiguieron sabotear la cadena de producción de balas de acero recubiertas de goma destinadas a reprimir la intifada.

11 A mediados de noviembre de 1988 la OLP publicó la “Declaración de Independencia” como programa de canalización nacional de las protestas.

euforia de Bill Clinton. La intifada había demostrado las dificultades del ejército de Israel para mantener el orden social y había requerido de la participación de la OLP para diezmarla, lo que la colocaba a ojos de la burguesía internacional como un agente imprescindible para mantener el orden en la región. **Con el espectáculo de la Casa Blanca culminaba un proceso de negociaciones entre bambalinas que trazaba una reorganización del Estado en Palestina.** Los acuerdos de Oslo, pese a que ciertos aspectos concretos no fueron materializados, ratificaron un reparto de funciones para la gestión del proletariado.

Las consecuencias inmediatas de esos acuerdos fueron la aplicación de una política territorial que tomaba como referencia el apartheid de Sudáfrica. El territorio palestino quedaba organizado en una especie de bantustanes en Cisjordania que quedaba aislada de la franja de Gaza. Las fuerzas israelíes abandonaban la ciudad de Gaza y el resto de zonas urbanas de la Franja, así como Cisjordania y Jericó, que quedaban a cargo de la OLP, transformada en flamante Autoridad Nacional Palestina, preservando, eso sí, sus enclaves militares y el control de los asentamientos. Las zonas bajo “protectorado palestino” serían definidas como áreas A, ciudades palestinas y sus alrededores; las áreas B comprendidas entre los enclaves palestinos y los asentamientos sería una zona conjunta; y la C, los asentamientos, estarían bajo control del ejército israelí. Todo organizado

por un sistema de controles de carreteras y barreras militares desplegados a lo largo del territorio.

La función de la ANP se limitó a lo estrictamente necesario en su papel contrainsurgente de pacificación y control social del proletariado, asumiendo las funciones represivas internas (policía) y de servicios. En el fondo, la ANP se convierte en la ejecutora local del Estado israelí, aunque evidentemente su retórica es diferente y el propio Estado israelí le confiere una imagen de oposición para dar soporte a su propia existencia. El Estado palestino -pues así se manifestaba ese Estado, independientemente de los reconocimientos internacionales y del grado de autonomía respecto a Israel- se constituye pues como una subdivisión del Estado israelí para gestionar Palestina, y los proletarios pronto comprobarán que ese organismo sirve a los intereses de aquel. El pequeño gendarme irá de la mano del gran gendarme, aunque a veces surjan contradicciones reales entre ellos que pasan totalmente a segundo plano cuando de lo que se trata es de aplastar al proletariado.

*«Hemos sido testigos de la construcción de un muro de apartheid de 700 km, que separa a vecinas y amigos de sus familiares o de sus árboles frutales. Hemos visto la fragmentación y el bloqueo de nuestras ciudades, rodeadas como están de puestos de control militares. Y hemos visto el crecimiento exponencial de las colonias judías y las carreteras segregadas, que convierten cada viaje en coche en una empresa peligrosa. Este llamado “proceso de paz” –con acuerdos provisionales que se suponía que sólo durarían cinco años– de hecho, ha otorgado a Israel carta blanca para ampliar su control y expansión coloniales, al tiempo que impone su dominación racista de apartheid sobre la población palestina».*<sup>12</sup>

33



En consecuencia, desde la firma de los acuerdos de Oslo, la política de confiscación de tierras siguió desarrollándose, los asentamientos se dispararon, y las operaciones militares siguieron con rutina. Pero eso no es todo. El Estado palestino desarrolló, como no puede ser de otra forma, la acti-

12 Inès Abdel Razek, responsable de Incidencia del *Palestine Institute for Public Diplomacy*. El valor de esta afirmación, realizada muchos años después de la primera intifada, es que proviene de un organismo que para nada es contrario a la existencia de la ANP, lo que puede dar una idea de lo que piensa la mayoría del proletariado de ese órgano burgués y el proceso de paz.

vidad inherente a esas materializaciones del capital. Los miembros de la OLP que llegaron de Túnez<sup>13</sup>, transformados en Autoridad Nacional Palestina, se enfundaron los galones del poder y edificaron la nueva administración estatal con miembros de confianza. Políticos, policías, represión, cárceles, colaboración estrecha con el ejército israelí, entrada de capitales, desarrollo económico de la burguesía local palestina, comercio, sometimiento del proletariado a la explotación, etc. Todo un adelanto del **Estado palestino ideal: más de lo mismo, pero con la bandera Palestina ondeando en ciudades y aldeas.**

Bajo la consigna de no “*hacer concesiones, ni to-lerar dañar la unidad nacional*” la ANP no dudó en perseguir y aplastar cualquier protesta o militante que osara cuestionar el proceso de paz. Verdaderamente esta es su función central, ser una empresa de seguridad contratada por el Estado Israelí para asegurar la dictadura de la tasa de ganancia bajo el escenario interminable y terrorista del proceso de paz. En el fondo se trataba de limitar en la vida cotidiana el contacto directo con las fuerzas del Estado israelí, exceptuando los check-points militares. Los guardianes del orden comprendieron que un milico local es preferible a un ejército de ocupación que es visto claramente como un cuerpo de represión.

Evidentemente, el Estado palestino tenía que seguir jugando la carta del “enemigo judío” para seguir gozando de cierta reputación entre sus proletarios, mantener la unidad nacional y la paz de los cementerios. Pero si el proletariado se hizo pocas ilusiones con el proceso de paz, a medida que se fue desarrollando e implementando el mismo, se le hizo más claro que la situación no sólo se perpetuaba, sino que se agravaba. **El proceso de paz era la nueva forma de desarrollar la gestión de su explotación.** La cuantiosa valorización que la paz de Oslo generó, hizo frotarse las manos a sectores de la burguesía israelí y palestina, cuyos bolsillos recibían esplendidos beneficios a costa de unos

niveles excepcionales de explotación producidos por unos salarios hundidos por la existencia de una fuerza de trabajo supernumeraria. No hace falta una gran investigación para descubrir que el desarrollo económico de Palestina tras los acuerdos de Oslo, especialmente en Cisjordania, hizo florecer a sectores subcontratistas de la burguesía palestina que sacaron una buena tajada de las condiciones particulares de los territorios ocupados<sup>14</sup>.

Por su parte, el proletariado sufría la negación de necesidades tan vitales como el consumo de agua. En Gaza, uno de los lugares con mayor densidad de población del planeta, el Estado de Israel monopoliza el control de las reservas de agua desviando más del 40% hacia la minoría de los asentamientos, mientras que por los grifos de los proletarios de la franja corre el agua salada del mar.

## La segunda intifada

El espectáculo del proceso de paz como gestión de la explotación del proletariado en Palestina siguió dando nuevos episodios como el de Camp David, donde la ANP exigía su recompensa por la labor de pacificación ejercida durante esos años, reivindicando aumentar su importancia en la región, algo que tendría que concretarse con una mayor autonomía para ejercer la gestión de los territorios ocupados. Esta exigencia no iba acorde con los planes de la fracción que representaba el Estado de Israel, que veía en esa concesión un debilitamiento de su poder en la región, con el potencial de desestabilización social.

A Israel no le faltaba razón para sentirse preocupado. Desde hacía años la bronca en la calle se había instalado de nuevo en los territorios ocupados con un aumento de protestas, manifestaciones y ataques a los milicos<sup>15</sup>. La ANP desarrolló una guerra contra el descontento lanzando a sus esbirros policiales que, en estrecha colaboración con el Shabak (policía secreta israelí), trató de mantener la estabilidad, pero la tensión no sólo seguía en aumento, sino que

13 Mientras estos funcionarios del capital se desplazaron a vivir a Palestina para desarrollar sus funciones, el grueso de refugiados seguía siendo ninguneado y viviendo en las penosas condiciones tras 1948. Recordemos que el retorno de los refugiados a Palestina era la bandera que había levantado históricamente la OLP para constituir su fuerza social.

14 Igual que hablamos de subcontratista en el plano del orden social, utilizamos aquí dicho término en su concepto económico común, a modo de simplificación. En el fondo se trata del reparto del botín generado de la explotación asignado en base de la posición, fuerza e importancia que cada burgués asume en el proceso de explotación del proletariado.

15 La llamada intifada de los presos fue un episodio particularmente importante.

los proletarios ya apuntaban a la ANP como peón del Estado israelí.

La actitud de la ANP dejaba manifiesto que no quería ningún tipo de protesta social. La campaña represiva que desplegó durante las semanas previas a la llamada segunda intifada no de deja duda alguna de cuál era su papel. Así lo había comunicado Erekat, el hombre de confianza de Arafat, a los dirigentes de la policía al poco de que su líder llegara de la cumbre de Camp David:

*«Camp David ha fracasado -les dijo Erekat-, pero hay que preservar lo logrado hasta ahora. Las negociaciones continúan, y hay posibilidad de que tengan éxito. Durante las semanas que vienen deberéis prevenir cualquier fricción que pueda llevar a una confrontación violenta. Dar el mensaje a vuestros subordinados».*<sup>16</sup>



No fue suficiente. Pese a los obstinados esfuerzos de reprimir la efervescencia social, en octubre del 2000 el proletariado que vivía en los territorios ocupados se levantó en masa, como respuesta a la represión ejercida contra las protestas a la visita de Sharon a la Explanada de las Mezquitas. La brutal represión empleada por las fuerzas de represión en los días siguientes, abriendo fuego a manifestantes

desarmados en Galilea, Jaffa, Haifa y Umm al-Fafem, llevó la revuelta al interior del mismo Israel.

Evidentemente, una vez explosionada la intifada, Arafat trató de sacar rédito político de la misma, sobre todo porque la ruptura de las negociaciones había rehabilitado la imagen de la ANP a ojos de algunos sectores proletarios. La ANP, organizó el Alto Comité Nacional e Islámico (ACNI) para tratar de controlar la protesta y utilizarla como fuerza en sus negociaciones. Se aseguró también que sus cuerpos represivos no se sublevaran utilizando todos sus fondos para pagar a la policía<sup>17</sup>. Pero el movimiento les pasó por encima. El propio Tamzin, milicia armada sometida a la OLP, se resquebrajó, atravesada por las contradicciones de clase que engullían los territorios ocupados. En el interior de ese organismo se difundió el descontento con la política de la ANP, lo que explica que numerosos proletarios, encuadrados en ese organismo, rompieran filas y se lanzaran a las manifestaciones. Es una de las explicaciones del alto nivel de armamento que alcanzaron los manifestantes.

Las primeras semanas el movimiento tomó un cariz masivo, no sólo en los territorios ocupados, sino dentro de las fronteras de Israel, especialmente en el norte. Allí se dieron durante el mes de octubre jornadas de duros enfrentamientos con la policía, con la convocatoria de diversas huelgas, incluyendo la huelga general del 1 de octubre. En esas jornadas la policía israelí utilizó armas de fuego contra manifestantes que respondieron también con armas de fuego y cocteles molotov. Precisamente, el uso sistemático de armas de fuego, tanques y helicópteros disparando contra manifestaciones, con numerosos muertos y heridos, especialmente niños, así como el particular asentamiento contrainsurreccional que el ejército israelí había conseguido tras los acuerdos de Oslo, obligó a los proletarios a limitar ese tipo de acciones abiertas, que se habían convertido en un suicidio. Por lo tanto, aunque los enfrentamientos entre manifestante lanzando piedras y soldados seguirá siendo una característica de la intifada, con el paso de las semanas irá ocupando un lugar marginal.

En este punto, aparecieron numerosos grupos armados a lo largo de los territorios ocupados, realizando ataques guerrilleros contra los check-points israelís, tanto en las fronteras de las ciudades como en el

16 Malbrunot, Georges, *Des pierres aux fusil. Les secrets de l'Intifada*.

17 Durante esta segunda intifada, la policía palestina fue el único sector que recibió sus salarios de la administración.

control sobre las carreteras de los asentamientos. Su táctica preferida fue golpear y desaparecer. La mayoría de estos grupos provenían del Tanzim, cuyos miembros no sólo rechazaban cumplir las órdenes de los superiores, sino que utilizaban su infraestructura y armas para uso de la revuelta. Era una descomposición en toda regla. Mientras una lectura superficial nos muestra a la ANP y sus fuerzas militares dirigiendo la intifada, o en todo caso, ciertas “contradicciones de gestión del partido” (contraposición interna a los “tunecinos”), la realidad seguía un guion diferente. Los cuerpos armados de ese órgano burgués desoían las órdenes de los superiores y se ponían a la vanguardia del combate del proletariado.

Arafat y sus dirigentes se encontraron entre la espada y la pared. Por una parte, tenían que mostrar ante la burguesía mundial cierto control de la intifada, no sólo para utilizarla políticamente, sino para no verse desacreditado a sus ojos en su papel de gestor nacional. Eso le impedía una denuncia abierta contra los sectores incontrolados del Tanzim poniendo sus esfuerzos en la recomposición del cuerpo. Por otra parte, tenían que actuar contra los sectores más resueltos de

36

la intifada sino querían ser tarde o temprano desmascarados y atacados. El ejemplo, entre muchos, de Hisham Mikki, dirigente de los medios de comunicación palestinos, liquidado por un grupo guerrillero, fue tomado muy en serio.

El Comité de Fuerzas Nacionales e Islámicas fue un auténtico fracaso. La ANP trató de que asumiera el papel que el UNLU hizo en la primera intifada, pero fue totalmente marginado. Ni el calendario de acciones que proponía, ni sus boicots fueron tenidos en cuenta por el movimiento. Los grupos guerrilleros ignoraron el calendario y las directrices marcadas por ese Comité siguiendo sus propios objetivos.

Lo que fue incapaz de hacer Arafat, lo harían dos factores estrechamente vinculados que golpearían a la revuelta e iniciarían el despegue del encuadramiento

interburgués. El primero fue la irrupción en marzo de 2001, cuando la intifada cumplía cinco meses, de Hamas y la Yihad Islámica con sus atentados suicidas. El segundo fue el incremento cualitativo de la represión del ejército israelí sobre la revuelta, justificado como respuesta a esos atentados. Se iniciaba el bombardeo de localidades con cazas F16. Pero el impulso definitivo que dio carta blanca al Estado de Israel fueron los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York: los cazas, apoyados por helicópteros, tanques y francotiradores arrasaron durante una semana aldeas, campos de refugiados y localidades (Jericó, Qalqilia, Tulkáren, los suburbios de Belén...). La operación militar para acabar con los “terroristas islámicos”, que incluía la orden de Sharon de disparar a cualquier sospechoso que se acercara a las inmediaciones de los pasos fronterizos de los territorios ocupados o los checkpoints, aseguraba el repliegue de la revuelta y su inmediato aplastamiento.

Las incursiones militares se generalizaron. Rafah, localidad calificada de ingobernable por el propio Arafat, fue barrida. Junto a ella, decenas de loca-

lidades fueron acribilladas. En ese proceso de liquidación, la Brigada de los mártires de al-Aqsa, organización vinculada a Fatah, creada pocos meses antes para hacer frente a la descomposición del Tanzim, ganará protagonismo con el repliegue



del movimiento. En ella se irán integrando los restos del movimiento armado del proletariado, constituyendo una especie de “ejército de liberación nacional” que liquidará la lucha de nuestra clase. El movimiento proletario se desinfla y deja su lugar al enfrentamiento imperialista.

En ese contexto, para el Estado de Israel se trataba de reorganizar Palestina e impedir nuevas sublevaciones del proletariado. La necesidad de reestructurar la ANP, empezando por Arafat, ya estaba decidida. Los enfrentamientos armados, alianzas, negociaciones y

demás episodios que tuvieron lugar desde entonces en suelo Palestino, estuvieron determinados, salvo pequeñas excepciones, por imponer estas reestructuraciones. Lo que estaba en juego a partir de entonces ya no era la lucha del proletariado contra “su propia” burguesía, presentada bajo la forma de ejército de ocupación y de fracciones de la burguesía local palestina que trataban de desviar esa lucha hacia las formas de gestión de la explotación.

En esa puja interburguesa, Arafat utilizó todo tipo de actos para impedir su relevo, hasta llegar a la parodia. El escándalo de la “Comisión sobre Yenín”, en la que Arafat había conseguido levantar el cerco del ejército israelí sobre la muqqatta, a cambio de silenciar la matanza acontecida en el campo de refugiados de esa localidad, llegó a la parodia y el esperpento con el “juicio de la muqqatta”<sup>18</sup>. Todo hace pensar que el propio Estado de Israel se había asegurado de deteriorar la imagen pública de Arafat para facilitar su relevo.

Este proceso de guerra imperialista y reorganización del orden social en Oriente Medio -que formaba parte de una acción más amplia en ese momento, que integraba la actuación de EE.UU. en Afganistán e Irak-, llevó varios años, e incluyó, claro está, la desarticulación de todas las infraestructuras que habían construido los grupos y guerrillas proletarias, y el escarmiento en los campos de refugiados y localidades acusados de esconderlos. Los proletarios intentaron resistir para salvar el pellejo, con grandes episodios de combate como los acontecidos en Yenín o Nablus, pero el ejército de Israel se había instruido a conciencia para este tipo de operaciones, teniendo mapas detallados de las ciudades y campos de refugiados, de las casas a atacar y demoler.<sup>19</sup>

El cierre de ese proceso de reestructuración se puede fechar en 2005. Para entonces, la fracción internacional en torno a Israel es consciente de que esas zonas, que habían sido arrasadas, con las casas e infraestructuras devastadas y con un desempleo que había rebasado el 70%, nunca iban a dejar de

ser un foco de miseria, y lo que más les preocupaba, de inestabilidad y subversión. La solución pasaba por convertir a Gaza y Cisjordania en dos prisiones a cielo abierto. El Estado de Israel retiró sus tropas de los territorios ocupados, así como de los asentamientos en la franja de Gaza. Se construye el famoso muro divisorio entre Cisjordania y el territorio israelí (muro que incluye zanjas, alambre de espino, defensas electrificadas, torres de vigilancia, sensores electrónicos, cámaras de visión térmica, cámaras de video, vehículos aéreos no tripulados, torres de francotiradores y carreteras para los coches patrulla...), imponiendo las fronteras acordes a las necesidades del Estado de Israel, que, junto con el alambre electrificado y las torres de vigilancia que rodean la franja de Gaza, **convierten al Estado palestino en dos campos de prisioneros del Estado israelí.**

Quedaba por decidir los carceleros de esas inmensas prisiones. Sólo la ANP y Hamás opositaban como candidatos serios. Hamás crecía a medida que la ANP mostraba, de forma cada vez más grosera, ser la marioneta de Israel y la Casa Blanca. No es nuestro interés exponer la puja en la que se enzarzaron esas fuerzas burguesas, sólo es interesante apuntar que ambos acabaron repartiéndose la gestión de los territorios palestinos: Gaza quedó bajo el dominio de Hamás y Cisjordania bajo el de la ANP. El Estado de Israel se limitó a hacer sangrientas operaciones represivas cada cierto tiempo que aseguraran el control de la zona, a la par que seguía extendiendo los asentamientos como expresión del fortalecimiento del Estado sionista. Así se mantuvo el control social en Palestina, pese a las tensiones y los sucesivos episodios de lucha que siguieron teniendo lugar, hasta que llegados a 2021 una nueva oleada de luchas y grupos resurgía desde Cisjordania anunciando que se acercaba el fin de esa forma de gestión de los explotados. El ataque de Hamás del 7 de octubre de 2023 y la posterior operación de gendarmería del Estado israelí, con las estremecedoras consecuencias que conocemos, lo certificó.

18 Aunque cueste creerlo, mientras la muqqatta se encontraba rodeada por el ejército israelí, en su interior se celebró un juicio improvisado contra unos prisioneros arrestados por los servicios de inteligencia palestinos. Se trataba de miembros del Frente Popular para la Liberación de Palestina acusados de haber ejecutado meses antes a un odiado miembro del Estado de Israel. Un jefe de seguridad de la muqqatta se vistió de juez mientras que un agente de policía hizo las veces de abogado defensor. Fueron condenados a 18 años.

19 Las unidades especiales de ese ejército se habían entrenado durante años en la intervención contra las guerrillas en el desierto del Néguev, donde construyeron ficticios campos de refugiados y localidades propias de Palestina. Además, los dirigentes de ese ejército habían estudiado a fondo la experiencia histórica de los ejércitos burgueses en el enfrentamiento contra guerrillas, teniendo un referente inestimable: el asalto del ejército nacional-socialista al gueto de Varsovia.

El pequeño fragmento que presentamos a continuación está extraído de un texto titulado «*Palestina libre*», *¿en serio?* que ha circulado internamente entre compañeros y se publicará próximamente. Si lo hemos seleccionado para su publicación es, en primer lugar, porque tiene la virtud de situar la colonización fuera del marco tradicional de la izquierda. Un marco que oscurece no sólo lo que ha sido históricamente el colonialismo, sino ante todo las numerosas luchas que han acontecido contra la sociedad capitalista en las colonias.

Ese marco del que hablamos, comprende el colonialismo como una cuestión determinada por relaciones de dominación diferentes a las de las clases. Se habla de dominación entre naciones, razas, civilizaciones, culturas, etc. Se nos muestra al blanco europeo imponiendo su civilización al resto de los seres humanos, surgiendo la caricatura de que el capitalismo se extendió de Europa al resto del mundo. Claro que esta lectura de la historia toma como fuente las propias ideas que las potencias colonizadoras europeas extendieron para ejercer el proceso colonizador.

En consecuencia con ello, se esconde cómo ese proceso se desarrolló también en los territorios de las potencias coloniales, desencadenando un ataque frontal a las formas de vida comunales, expropiando tierras, bosques, imponiendo cercamientos, expulsiones, persecución de los vagabundos, quema de «brujas» y «herejes», etc. Se esconde también, que el naciente proletariado en Europa, América, Asia y África, fue capaz de utilizar la movilización colonial, para propagar el rechazo a una sociedad basada en la explotación, llevando sus proclamas, motines y revueltas a los muelles, los barcos, las plantaciones e, inclusive, los campos de batalla. Mientras algunos marineros fueron fieles servidores del desarrollo mercantil, muchos otros conformaron una comunidad de resistencia a las condiciones y disciplina impuesta por comerciantes y autoridades navales. Las tabernas de los muelles –así como bodegas de buques, talleres, capillas o prisiones–, además de ser lugares de desahogo, alienación o destrucción, fueron espacios donde confraternizar y conspirar contra el Estado. Camareras, sirvientas, cordeleras y prostitutas, unidas a otros sectores entre los que destacaron viejos y niños, se opusieron al reclutamiento forzoso y encabezaron insurrecciones como la de 1741 en Nueva York.

Conviene recordar que ese marco ideológico de nuestro enemigo sirvió, en un principio, para la defensa de la vieja ideología colonialista y la cohesión de los proletarios en las metrópolis. Mientras se apresaba, torturaba y masacraba a millones de seres humanos a lo largo del globo, las diversas expresiones de la socialdemocracia hablaban de la misión histórica de las naciones civilizadas frente al salvajismo.

El grado de penetración de esta ideología era tan profunda que algunos de los sectores más combativos del proletariado en esas regiones se sometieron a ella. El propio Marx fue oscilante al respecto hasta que sometió a crítica su propia visión desarrollista de la historia, rompiendo con la apología de la productividad técnica del trabajo y del desarrollo lineal e imparable de las fuerzas productivas<sup>1</sup>. Recordemos también, mientras vivimos una oleada de luchas en Nueva Caledonia reprimidas por el Estado francés, el lamentable apoyo a la represión *kanaky* de numerosos *communards* deportados a esa colonia.

Avanzado el siglo XX, los partidos socialdemócratas instalados en el timón del Estado pasaron a ejecutar directamente esa política colonialista de la civilización para ejercer el “*derecho e incluso el deber de las razas superiores de atraer hacia sí a los que no han alcanzado el mismo grado de cultura y de invitarles a participar en el progreso colonial*” (Declaración de Leon Blum, presidente del gobierno del Frente Popular francés, en el hemiciclo en 1925). La socialdemocracia ensalzaba esa obra civilizadora que extendía el progreso y el desarrollo para “sentar las bases del socialismo”. “*La nación francesa, en su lucha contra los trusts... sólo puede llevar la democracia a las poblaciones coloniales*» (Henry Lozeray, diputado del P”C”F en *Cahiers du Communisme*, 1945). El colonialismo y el exterminio masivo de seres humanos durante siglos tenía así su justificación histórica.

1 Ver su correspondencia con los *populistas rusos* y los borradores «Extractos de M. M. Kovalevsky» y «Borradores de un artículo sobre el libro de Friedrich List» donde tumba la ideología desarrollista, progresista y eurocentrista.

Por otra parte, el proceso de colonización generó, ya desde el siglo XVIII, dinámicas de acumulación que permitieron que la obra civilizadora, con su progreso y desarrollo de las fuerzas productivas (inseparable, no lo olvidemos, de la represión y el exterminio), prosiguiera en muchas partes sin necesidad de la presencia directa del ejército colonial, presencia que provocaba enormes tensiones y luchas. Se suceden declaraciones de independencia que bajo la etiqueta “anticolonial” trataban de canalizar las verdaderas luchas de nuestra clase contra el colonialismo.

A finales del siglo XIX y principios del XX algunas fracciones de la socialdemocracia levantan ya la bandera de la ideología “anticolonial” y pregonan la mitología de la “liberación nacional”. Lejos de romper el marco ideológico del que venimos hablando, lo utilizan para desarrollar la otra cara. Los mismos términos, los mismos conceptos, la misma comprensión anterior, pero invertidos. Lenin fue uno de sus más ardientes defensores: «El capitalismo se ha transformado en un sistema universal de opresión colonial y de asfixia financiera de la inmensa mayoría de la población del globo por un puñado de países avanzados» (Lenin, El imperialismo. Fase superior del capitalismo). La tercera internacional pronto se convirtió en el vehículo para apoyar no las luchas proletarias en las colonias, sino los intereses de las burguesías locales bajo “la liberación de las naciones oprimidas”.

Es conclusión, el marco tradicional de la izquierda cultivó tanto la ideología colonizadora como la “anticolonizadora” bajo la misma retórica eurocentrista de la colonización, quedando velado el contenido real de ese proceso: un proceso del mercado mundial en el que distintos polos de acumulación del capital buscan apropiarse de los recursos y fuerzas productivas del planeta para integrarlos en sus circuitos.

No es anecdótico situar el colonialismo en el mercado mundial, como tampoco lo es apuntar que es en ese ecosistema donde surge el capitalismo y se disuelve cualquier otra comunidad que no sea la comunidad del dinero. Esa comprensión del carácter mundial del capital resquebraja precisamente la ideología eurocentrista que hace del modelo europeo el “capitalismo puro”, que asimila gran industria y capital, que defiende un desarrollismo lineal de las fuerzas productivas, que identifica proletariado con obreros de la gran industria (blancos, por supuesto)...

La comprensión profunda del colonialismo, forjada por la lucha histórica del proletariado mundial, especialmente por las luchas en las colonias, permite delimitarnos de esas fortalezas de la contrarrevolución que han sostenido el colonialismo, la liberación nacional -llegando a las modernas teorías de la *decolonización*-, y sobre todo permite reconocer nuestras luchas, el carácter unitario del proletariado, de sus condiciones de explotación y la lucha contra ella, independientemente del lugar donde se produzcan.

## EL COLONIALISMO Y SUS CRÍTICOS

Históricamente, la colonización está indisolublemente ligada al desarrollo del mercado mundial, que a su vez está indisolublemente ligado al pillaje y a la guerra. Esta colonización ha sido obra de empresas que combinan intereses imperialistas privados y nacionales, los cuales han encontrado en aquella el medio para aumentar su poder, al tiempo que materializaban inexorablemente la globalización del mercado y la competencia capitalista.

La visión sesgada en términos de «pueblos» niega sistemáticamente el antagonismo de clase que opera en las sociedades colonizadoras y, en su caso, en las sociedades colonizadas. Cuando estas últimas ya eran

sociedades de clases (como el Imperio Inca, enfrentado a los colonos españoles), el colonizador siempre utilizó la estructura opresora existente para someter a las clases explotadas, a menudo mediante alianzas oportunistas, enfrentando a unos contra otros antes de subyugar a las clases dominantes nativas o deshacerse de ellas. Por otra parte, cuando los colonizadores se enfrentaban a comunidades indígenas que no estaban organizadas en clases, y cuando no se trataba sólo de establecer un puesto comercial sino de conquistar tierras, los métodos, con la colaboración, si era necesario, de esclavistas locales preexistentes, eran invariablemente: expoliación de tierras, éxodo forzoso, esclavización y/o masacre<sup>1</sup>.

1 Para ser precisos, existen tres tipos de colonias, que, por supuesto, pueden combinarse en formas híbridas: un simple puesto comercial (teniendo en cuenta los trastornos económicos y sociales provocados por el comercio en torno a las rutas trazadas desde el puesto comercial), una colonia penal y, por último, una colonia de asentamiento, tanto si en este último caso se trata de someter a la población existente a la explotación (y a la mortalidad que conlleva)

Más allá de estos hechos, lo que ha colonizado fundamentalmente el mundo, en oposición a la producción material destinada a la subsistencia, es el intercambio de mercancías, y lo ha hecho de forma violenta, a través de la guerra, pero también a través del trastorno de las relaciones sociales inducido por el intercambio, por el dinero que le sigue (que tiende a disolver y sustituir todas las comunidades preexistentes) y, por último, por el trabajo asalariado, que lleva la desposesión y la alienación a un nivel nunca antes alcanzado.

Más aún, todo Estado-nación se ha construido mediante una colonización brutal dentro de sus propias fronteras contra todo lo que tiende a escapar a sus garras y a los imperativos económicos, ideológicos y disciplinarios que encarna en defensa de las necesidades del capital. Por su parte, los métodos y la ideología coloniales (racistas, sexistas, deshumanizadores) de los países colonizadores beneficiaron la implacable vigilancia policial de los «enemigos interiores», los incontrolados, los marginales, los refractarios, las minorías... En general, a medida que ha avanzado el desarrollo y el progreso capitalistas, también lo han hecho las políticas de reconfiguración del espacio, la tierra y el tejido urbano, el desplazamiento, el destierro, la requisita, la devastación y la exposición a la contaminación industrial.

Todas las luchas en este terreno, sobre todo las que apuntaban a alcanzar un cierto grado de autonomía, forman parte del movimiento comunista por la abolición de las condiciones existentes, de la lucha proletaria. Incluso hoy se puede decir que el Estado sigue llevando a cabo su obra civilizadora y colonizadora contra todos los aspectos de la vida que puedan escapar a la mercancía y a la vigilancia policial, cuestión esencial que guía también la gestión de la migración y del mercado laboral. A esto, como al imperialismo y a la guerra, ningún Estado (por muy «popular» o «libre» que sea) contribuirá jamás a ofrecer una solución o contrapeso, porque ésa es su esencia misma. Oponer un Estado «libre y soberano» a un Estado «colonial» es un señuelo para distraernos de nuestra lucha, una lucha que ante todo no tiene patria.

Históricamente, este internacionalismo se ha expresado en la crítica del colonialismo y el racismo, así como en la crítica del punto de vista colonial y occidental del mundo, en tanto que punto de vista de la clase

dominante que naturaliza su estatus, jerarquiza a la humanidad y considera su obra civilizadora beneficiosa por naturaleza, justificando todas las atrocidades. Por supuesto, la crítica revolucionaria a este aspecto esencial no siempre ha sido coherente y consecuente, y sería interesante profundizar en ello<sup>2</sup>. Las divisiones en el seno del proletariado no desaparecen mágicamente en el curso de los procesos de ruptura con el orden burgués, por drásticos que sean.

Las luchas de las poblaciones colonizadas han sido a menudo distorsionadas o invisibilizadas. [Desde el principio] comenzaron a surgir en las regiones y países colonizados diversas expresiones de crítica radical a la visión colonial y occidentalocéntrica del mundo, y a la continuación material, económica, militar, política, social e ideológica de la empresa colonial y capitalista, críticas más allá de las independencias nacionales que se produjeron según calendarios diferentes de un continente a otro.

Lo que suele promoverse bajo la etiqueta de *decolonialismo*, lejos de ser la punta de lanza de esta crítica, expresa generalmente su versión integrable y aceptable, es decir, su desviación, su captación dentro de un marco socialdemócrata, con todo lo que ello implica en términos de borrar las demarcaciones esenciales respecto al Estado, la nación, el pueblo y los frentes más diversos.

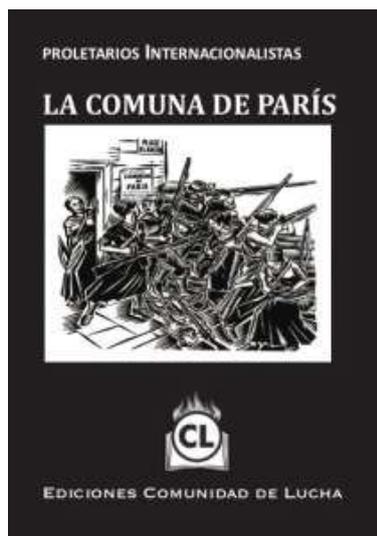
La ideología decolonial, por un lado, se presenta bajo el disfraz de anticapitalismo radical, pero por otro se ahoga en el circo electoral representando a los explotados provenientes históricamente de la inmigración. En cualquier caso, es en un terreno de desorientación política y de fragmentación posmoderna de la crítica en una disección interminable de «dominaciones» y «opresiones» donde la ideología en su versión decolonial fascina y recluta. A nosotros nos corresponde reapropiarnos de la investigación sobre los fragmentos poco conocidos o falsificados de la historia capitalista y de nuestras luchas, sin someternos a ese marco que se limita a reivindicaciones de reequilibrio, de autodeterminación de los pueblos y no de emancipación revolucionaria mundial

---

como de sustituirla pura y simplemente masacrándola y expulsándola de sus tierras.

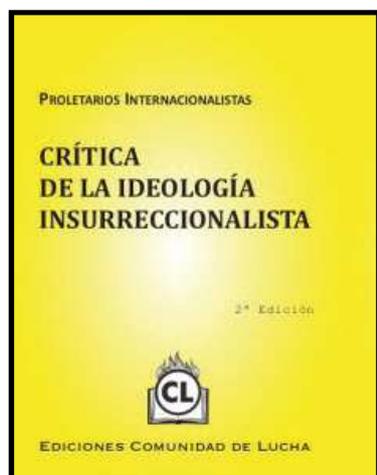
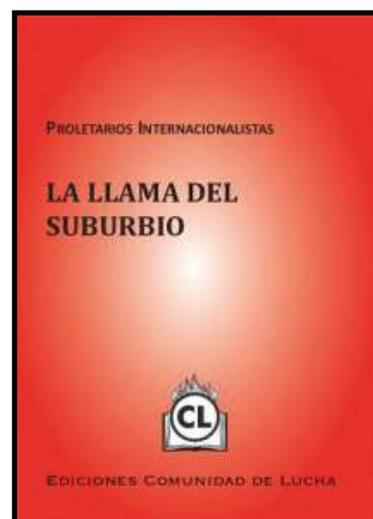
2 A modo de ejemplo recordemos el caso emblemático de la solidaridad de Louise Michel, deportada a Nueva Caledonia, con la revuelta kanak de 1878, actitud no compartida por todos sus compañeros de prisión.

# NUESTROS LIBROS



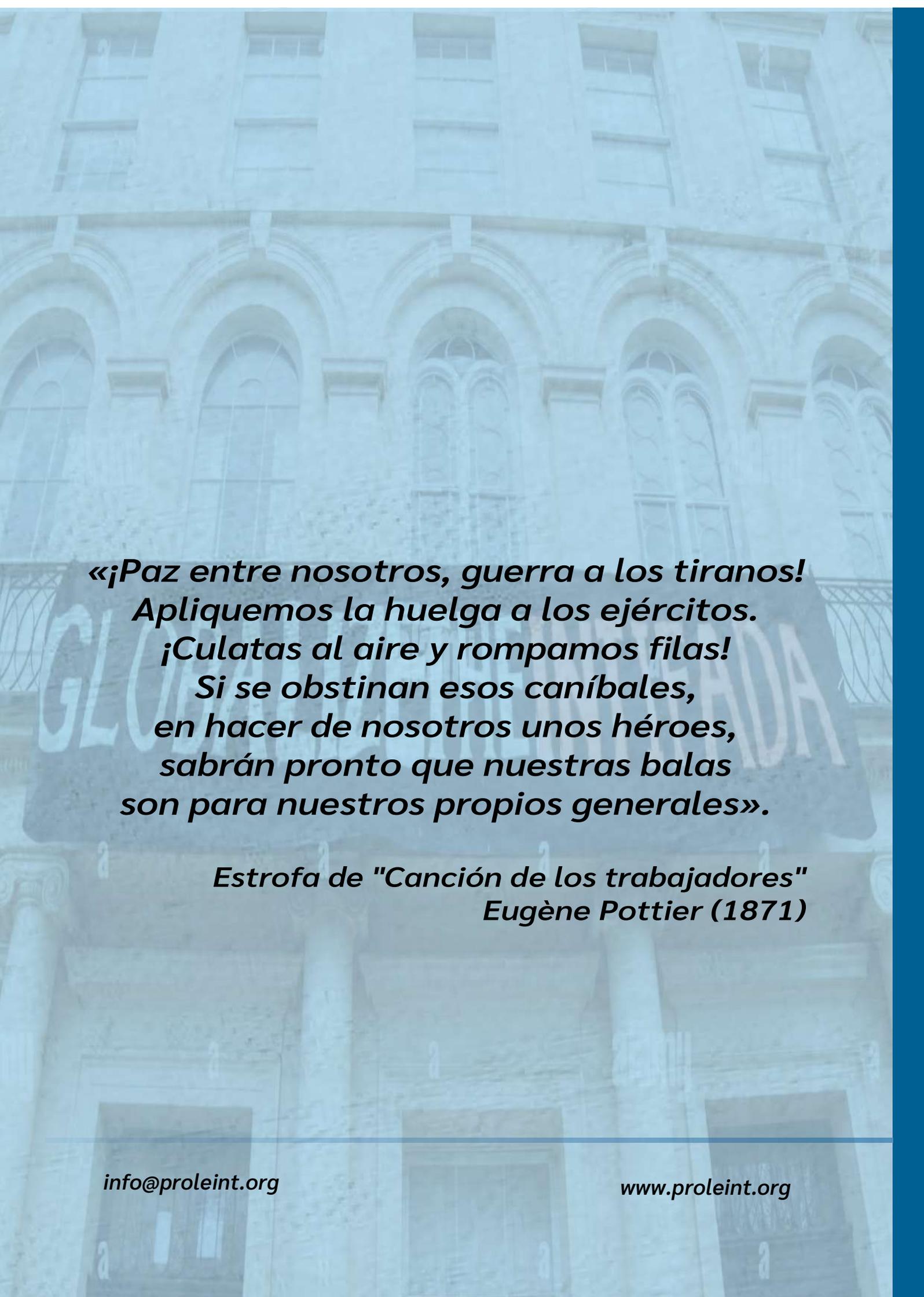
En la imponente confrontación de clases que se dio en Francia en 1870-1871 y que tuvo en París su centro de gravitación, nos encontramos en su desarrollo con todo un conjunto de enseñanzas indispensables respecto a la revolución y a la contrarrevolución. El proletariado se tuvo que enfrentar a todos y cada uno de esos elementos de la contrarrevolución que hoy siguen en pleno auge: guerra imperialista, repolarización en campos burgueses, cambios formales en el Estado (imperio por república), recambios en el gobierno, parlamentarismo «revolucionario», nacionalismo, comunismo... Se comprende que organizar en fuerza material las lecciones de ese combate captando tanto las posiciones de fuerza que llevaron al proletariado a hacer temblar la dominación de la burguesía, como de las ideologías, las debilidades, y los errores que finalmente le condujeron a la derrota, es una cuestión fundamental para el triunfo de la revolución social.

La chusma del suburbio, terminología que la burguesía francesa siempre empleó contra el proletariado en lucha, desempolvó en otoño de 2005 el «traje» de la guerra social que había pasado a formar parte de las reliquias guardadas en el fondo del baúl de la nación francesa. Fue una revuelta en toda regla que amenazó mediante tintes insurreccionales con romper la paz social en toda Francia. A lo largo de este libro hacemos frente al desprecio y a los falsos defensores del mundo de la mercancía, sino también de muchos que pretenden combatirlo. Al mismo tiempo subrayamos la fuerza y debilidades que se materializaron, extraemos lecciones y difundimos material desconocido en castellano proveniente de la revuelta con el único objetivo de reapropiarnos de nuestra propia experiencia y trazar directrices para las futuras luchas que ya se abren paso.



El término insurreccionalista hace referencia, en toda su acepción histórica, al partidario de la insurrección. En este sentido, nosotros somos, sin duda alguna, insurreccionalistas, como lo es en última instancia el proletariado cuando se hace fuerte como clase, cuando se constituye en fuerza para negar el capitalismo. Sin embargo, en los últimos años se ha extendido una moda particular de autodenominarse insurreccionalista como individuo o grupo, y que hace referencia a una ideología surgida en las últimas décadas. A lo largo del presente libro hemos tratado de poner de relieve cómo las posiciones fundamentales de la ideología insurreccional práctica insurreccional del proletariado, es un obstáculo en el proceso de reconstrucción del movimiento revolucionario.

**Más materiales en nuestra web**



**«¡Paz entre nosotros, guerra a los tiranos!  
Apliquemos la huelga a los ejércitos.  
¡Culatas al aire y rompamos filas!  
Si se obstinan esos caníbales,  
en hacer de nosotros unos héroes,  
sabrán pronto que nuestras balas  
son para nuestros propios generales».**

***Estrofa de "Canción de los trabajadores"  
Eugène Pottier (1871)***